

I. INTRODUCCIÓN GENERAL

I.1 ARÉVALO

I.1.1 Vida del humanista Faustino Arévalo

El humanista Faustino Arévalo¹, autor de la edición que pretendemos abordar, nació en Extremadura, en un pueblo de Badajoz llamado Villa de Campanario, el 29 de Julio de 1747. Ingresó en La Compañía de Jesús siguiendo el ejemplo de su tío paterno Francisco, y de un hermano mayor, Juan. En 1761 lo hizo en el colegio² de la Compañía de Jesús de Salamanca y seguidamente en el noviciado de Villagarcía de Campos (Valladolid), donde pasaría sus primeros años de novicio.

Junto a su formación espiritual, estos años fueron decisivos para su formación como humanista. El Colegio de Villagarcía había destacado siempre por sus estudios de latinidad. Además a esto hay que añadir la reforma de los estudios de Humanidades que había tenido lugar muy pocos años antes. Dicho Colegio gracias a la reforma adquirió un esplendor y prestigio convirtiéndose en modelo para otros colegios³.

Los estudios de Humanidades, que tanto auge alcanzaron en España en el siglo XVI, habían decaído de forma alarmante en el siglo XVIII, especialmente en la segunda mitad. Muchos intuyeron como causa de esta situación los inadecuados métodos de enseñanza⁴.

Tras desarrollarse con éxito la reforma, a pesar de contar con detractores, y alcanzar tan buenos resultados, muchos acogieron la misma y quisieron aplicarla en sus centros de enseñanza.

¹ La biografía del humanista Faustino Arévalo, como de otros autores, ha sido estudiada, si bien es posible siempre añadir algunos datos. Los datos fundamentales pueden verse también en: SAHAN (1907), FRÍAS (1923), LAMALLEE (1948), VARGAS UGARTE (1963), BATLLORI (1972), AGUILAR PIÑAL (1981), DOMÍNGUEZ (1993). Informaciones más completas se encuentran en SOMMERVOGEL (1890), y sobre todo en URIARTE-LECINA (1925), EGUÍA (1936), OLAECHEA (1982) y ARTIGUES (1998). Todas estas recogidas por GALLEGO MOYA (2002 b). A ello añadimos el Diccionario Histórico de la Compañía de Jesús (biográfico-temático) recientemente publicado en 2001. La figura de Arévalo ha sido objeto de atención preferente por parte de GALLEGO MOYA (1997, 1998, 1999, 2000, 2002); de ahí tomamos gran parte de los datos que aportamos.

² Sobre el Colegio de Villagarcía puede verse, por ejemplo, DEL RÍO (1977) o PÉREZ PICÓN (1982), citados por GALLEGO MOYA (2002b), p. 20, en la nota. 3.

³ Cf. FERNÁNDEZ MARTÍN (1952), pp. 189 – 191, 195 – 203; y BATLLORI (1966), p. 23, en donde leemos: “Antes del destierro la provincia jesuítica de Castilla se había distinguido por su fuerte espiritualidad ignaciana y por sus propios intentos de renovación humanística, ambas tendencias promovidas principalmente por el padre Francisco Javier de Idáquez y centradas en Villagarcía de Campos. Su trasposición a Italia está representada, en consecuencia, por el humanista piadoso Navarrete, el humanista erudito Faustino Arévalo, y el cronista doméstico Manuel Luengo, cerrado a todo influjo extraespañol y a todo criterio extrajesuítico”.

⁴ Cf. FERNÁNDEZ MARTÍN (1952), p. 195. Al parecer, se había descuidado la lectura de los autores y era cada vez mayor y menos útil el número de preceptos gramaticales que los alumnos debían aprender.

Sabemos que en 1763 pronunció Arévalo sus votos religiosos y un año más tarde, en 1764, pasó al escolasticado de Medina del Campo, donde comenzó sus estudios de Filosofía. Este plan de estudios comprendía Lógica, Física y Metafísica, programa que no pudo realizar por completo, pues en el tercer año tuvo lugar la expulsión de la Compañía de Jesús⁵.

El lugar de destino fue Italia. Primero Córcega, concretamente Calvi. Allí permaneció nuestro humanista con sus compañeros catorce meses y pudo llevar a término sus estudios de Filosofía y comenzar los de Teología. El siguiente destino fue Bolonia, donde terminó los estudios de Teología⁶ y se ordenó sacerdote en 1772; realizada la tercera probación en Cento concluyó su formación como jesuita. Así finalmente, en 1780 consiguió el permiso para trasladarse a Roma.

En Bolonia había comenzado nuestro jesuita a madurar algunas ideas sobre proyectos futuros; había realizado algunos trabajos y conocido a gentes influyentes, pero fue en Roma, a donde llegó en 1780, donde encontró su lugar y donde pudo ver realizados sus más ambiciosos proyectos, si bien éstos no estuvieron exentos de dificultades. Roma, como sabemos, le ofreció sus bibliotecas, sus archivos, círculos intelectuales, y a todo ello fue poco a poco teniendo acceso gracias a su producción escrita.

Como es sabido, la situación por la que atravesaba la Compañía de Jesús, especialmente en la segunda mitad del siglo XVIII, no era propicia. Las relaciones con Francia y las corrientes ideológicas y filosóficas imperantes no la favorecieron en absoluto. Si la situación había parecido mejorar con la llegada al trono de Carlos III, todo fue en vano pues al monarca lo rodeaba un poderoso e influyente equipo de gobierno que era en realidad quien tomaba las decisiones⁷.

La dureza del destierro se vio en parte compensada por las inmensas posibilidades culturales que encontraron los jesuitas en Italia⁸, dado que en ese momento Italia era el centro

⁵ Cf. EGUÍA (1936), p. 365; y OLAECHEA (1982), p. 85. Acerca del Real Decreto de Expulsión (27-II-1767) ver GALLEGO MOYA (2002b), en la nota 5.

⁶ Para el conocimiento de estos hechos, los estudios y los lugares en que los llevó a cabo Cf. GALLEGO MOYA (2002 b), p. 21, nota 6.

⁷ Cf. GALLEGO MOYA (1997), pp. 30-34.

⁸ Cf. GALLEGO MOYA (2000). En este artículo la autora aborda el trabajo y la figura de Arévalo en el marco del contexto jesuítico.

de importantes corrientes europeas, y estas no hicieron sino ampliar la perspectiva crítica de los jesuitas, que pronto se vieron en la necesidad de lograr una síntesis entre el pensamiento cristiano y la nueva cultura europea de la Ilustración.

Asimismo, de acuerdo con las corrientes imperantes era previsible que la literatura creada por esos intelectuales fuera una literatura a la que conviene el calificativo de dieciochesca, enciclopédica, más erudita que creativa, y así lo fue, como hemos indicado con anterioridad.

A esto hay que añadir otros factores que condicionaron en gran medida, sus producciones literarias. Entre los más importantes destaca el nacionalismo antiespañol que dominaba en Italia en aquella época. La literatura española era considerada causa de la decadencia en las letras latinas e italianas. Pero junto a esto no hay que olvidar que el papel de España en la Contrarreforma o su antiguo imperio no dejaba de gravitar sobre los juicios de muchos europeos.

La consecuencia de todo esto fue a su vez el desarrollo de un fuerte nacionalismo hispano. A la tristeza del destierro y la natural añoranza de la patria, se unía ahora la necesidad de defenderla de los injustos ataques a que se veía continuamente sometida. Éste se convierte en un rasgo común a todos los jesuitas que vivieron tal circunstancia. Los exponentes más claros de este nacionalismo fueron los catalanes Masdeu, y Lampillas, y también, aunque en menor grado, el valenciano Juan Andrés⁹.

En 1800 le fue otorgado a Arévalo el título de himnógrafo pontificio. Al salir de Roma Pío VII, cautivo de Napoleón, el cardenal Michele Di Pietro le nombró (1809) teólogo de la Penitenciaría, cargo que desempeñó hasta mediados de 1815¹⁰. El 24 de Mayo de 1814 regresó Pío VII a Roma y restableció la Compañía de Jesús por medio de la bula *Sollicitudo*, que fue leída el 15 de Agosto en el *Gesú*. Arévalo el 2 de febrero de 1815 emitió la profesión solemne en la Iglesia del *Gesú*. De los aproximadamente cinco mil jesuitas que había expulsado Carlos III, contando España, Asia y América, quedaban ahora en su restablecimiento unos quinientos¹¹.

⁹ Cf. GALLLEGO MOYA (1997), pp. 34-35.

¹⁰ Cf. *Diccionario histórico* ya citado.

¹¹ Cf. FRÍAS (1923), p. 103.

Arévalo partió de Roma el 25 de septiembre acompañado de otros tres jesuitas; consta que el rey manifestó gran alegría al conocer la noticia. Llegaron a Pamplona entre el 11 y el 14 de Noviembre y allí permanecieron un tiempo para emprender luego viaje a Loyola, llegando el 29 de abril de 1816¹².

Tras el restablecimiento de la Compañía, el 11 de Mayo de 1816¹³ tomó posesión Arévalo como rector del colegio-noviado de Loyola, y permaneció en este cargo y en el de maestro de novicios hasta 1820. En esta fecha marchó a su ciudad natal, en la que permaneció durante tres años. Después, en Noviembre de 1823, regresó a Madrid, alojándose en el antiguo Colegio Imperial. Allí murió el 7 de enero de 1824 este incansable trabajador.

I.1.2 Producción literaria de Faustino Arévalo

Un número ingente de obras llevó a cabo Arévalo. Todas ellas dan cuenta de los intereses de nuestro humanista, pues contemplamos al editor y al autor, al poeta y al hombre que acumula y reúne materiales para sus propios trabajos y para ponerlos al servicio de la Compañía de Jesús o de los estudios hispanos¹⁴.

Con relación a sus obras¹⁵ presentaremos una breve exposición. La primera obra suya y la primera en España de esa naturaleza hizo que gravitara en el resto de su producción y que a ella volviera con frecuencia más de una vez. Nos referimos a la *Hymnodia Hispanica*, publicada en Roma en el año 1786, “uno de los más preciosos monumentos de la ciencia litúrgica”, como se ha reconocido. Realmente fue a raíz de la publicación de su *Hymnodia* cuando obtuvo el permiso de Pío VI para consultar los fondos más antiguos de la Biblioteca Apostólica Vaticana¹⁶ y esto se observa notablemente en sus obras posteriores.

¹² Cf. OLAECHEA (1982), p. 137; y FRÍAS (1923), pp. 224 –225.

¹³ "Al parecer a finales de 1816, fue rector del colegio- noviado de Loyola, en cuyo archivo y biblioteca depositó cuanto había recogido en Italia, como los papeles del erudito y bibliógrafo Francesco A. Zaccaria y los de Roque Menchaca" Cf. *Diccionario histórico* (2001) antes citado.

¹⁴ Se recoge en URIARTE-LECINA I (1925), pp. 265-274 una relación de sus escritos. A esta obra frecuentemente haremos referencia.

¹⁵ Cf. GALLEGMO MOYA (1997). La relación de obras y sus datos bibliográficos pueden verse en el apartado correspondiente de la bibliografía.

¹⁶ Cf. EGUÍA (1936), p. 370, nota 13.

Le siguió la importantísima edición de Prudencio, autor predilecto de Arévalo que fue publicada en 1791, también en Roma, y que Arévalo dedicó al Papa Pío VI; con ella quería, además de mostrar la figura insigne de un poeta cristiano, defender a la Iglesia, según decía, contra los impíos y herejes contemporáneos y de todos los tiempos, lo que podía hacer con la autoridad de este poeta. A la poesía cristiana de Draconcio dedicó su interés y esfuerzo, y una edición de ella, muy mejorada por la inclusión de manuscritos vaticanos, vio la luz en Roma en 1791.

Su trabajo en la Biblioteca Apostólica Vaticana, la posibilidad que se le ofrecía de poder consultar los manuscritos en ella existentes, su enorme capacidad de trabajo y buen hacer filológico dan también razón de sus ediciones de Juvenco y Sedulio. Además hay que recordar la intención y el deseo, por parte de nuestro humanista, de que los poetas cristianos fuesen objeto de nuevas y buenas ediciones, y de que fuesen españoles quienes las realizaran.

La edición¹⁷ del poeta Juvenco la dedica a Gregorio Alfonso Villagómez Lorenzana¹⁸, sobrino del cardenal Francisco Antonio Lorenzana, personaje importante en la vida y obra de nuestro humanista. En ella el método seguido es el mismo que en las anteriores ediciones; en cuanto a las razones para editarlo las hay suficientes: además de ser el más antiguo testimonio de poesía cristiana, esta *Historia evangelica* será muy útil a la república cristiana¹⁹. En la elaboración de esta edición encontró, como indicaremos, dificultades que afortunadamente superó.

Su edición de Sedulio tiene como destinatario al propio cardenal. Expone en la Epístola Dedicatoria las razones de haber editado a Sedulio, autor cuyo texto, dice, también le planteó dificultades que debió superar²⁰.

Realizó, además de las distintas ediciones de poetas cristianos, la muy importante edición de Isidoro, encargada por el cardenal Lorenzana. La dedica Arévalo a dicho cardenal.

¹⁷ El interés por editar la obra de los poetas cristianos era manifiesto. Cuando Arévalo decide abordar la edición de Juvenco, ya contaba con una buena experiencia como editor de poesía cristiana; ciertamente, no sólo había salido a la luz su *Hymnodia hispanica*, sino también la obra de Prudencio y Draconcio; las relaciones que entre ellos existen y el trabajo realizado por nuestro autor le ofrecían un bagaje muy interesante que repercutía a favor de esta nueva edición y comentario. Juvenco pudo contar finalmente no sólo con la atención que ningún español le había prestado, sino con la atención de un intelectual muy preparado.

¹⁸ Sobre dicho cardenal puede verse SIERRA (1975), OLAECHEA (1981, 1982).

¹⁹ Cf. ARÉVALO (1792), p. VII. Abordaremos dicha cuestión más adelante.

²⁰ Sobre esta edición trabaja en la actualidad la Licenciada Dña. M^a D. Hernández Mayor.

Logró en ella su obra magna, que fue apareciendo entre los años 1797 y 1803, publicada en siete tomos.

Otros autores, además de los editados por él, fueron objeto de su interés pero no llegó a editarlos: nos referimos a algunos como Arator, el papa San Dámaso, etc. En esos estudios se preocupó igualmente de mejorar el texto, gracias a la consulta de manuscritos, y asimismo de acompañarlos de las habituales notas, como dejan a la vista los "papeles" inéditos que se encuentran en Loyola²¹. Debemos advertir que tampoco se desprecupó de autores más cercanos cronológicamente como es el caso de Melchor Cano²².

Además de estas ediciones mencionadas y los proyectos de edición a los que hemos aludido, hay que señalar otros trabajos también relacionados con el cardenal Francisco Antonio Lorenzana. Bien sabido es que los intereses de Lorenzana eran muy cercanos a los suyos propios o viceversa. En 1804, fecha de la muerte del purpurado leonés, que le nombró su albacea testamentario, publicó el *Missale Gothicum*. Una última muestra de la admiración que profesaba nuestro humanista al cardenal la representa su *Laudatio funebris*²³, que supone un testimonio valiosísimo de la biografía del importante personaje y mecenas suyo; la pronunció Arévalo el día 9 de junio de 1804, en la sala de la "Academia Católica" de *La Sapienza* en honor al recién difunto Cardenal Lorenzana.

²¹ Sabemos que Arévalo a la vuelta a España, una vez restaurada la Compañía de Jesús, estuvo en Loyola, lugar donde residió y al que trajo abundante material. Parte de el mismo hemos podido identificarlo, estudiarlo y analizarlo en los archivos de la Biblioteca de Loyola. A partir de dicha información podemos aportar algunos datos concretos acerca del trabajo previo realizado por Arévalo para la elaboración de sus ediciones así como el modo de acercamiento de nuestro humanista a los más diversos autores de manera que sus conocimientos se iban ampliando e iba impregnando cada una de sus ediciones. Como botón de muestra indicaremos algunos legajos hallados en esta biblioteca elaborados por nuestro editor y relativos a autores como Dámaso o Arator entre otros. Aquí reconocimos apuntes del mismo que pasarían a constituir o a formar parte de los comentarios a las distintas obras. Como es sabido Arévalo pretendía sacar a la luz las obras de los autores cristianos. Así pues, advertimos su interés por todos ellos, lo cual no excluye, en modo alguno el conocimiento de los clásicos –como aquí de modo explícito podemos comprobar- y las relaciones entre los mismos que él mismo llevaba a cabo en la elaboración de sus ediciones como más adelante se verá. Botones de muestra de este hecho son los materiales hallados en la caja 43/1 Sección 2 Serie 2 nº 6 Estante 7 Pluteo 1, aquí; después de algunas disertaciones sobre Séneca en varios legajos, hallamos abundantes alusiones a asuntos diversos tratados por autores diversos *De rebus ad Patres Hispanos, eorumque opera pertinentibus ac de aliis rebus ecclesiasticis et scriptoribus Hispanis*. Algunos autores de los que hallamos señaladas indicaciones son Orosio, San Justo Urgelitano, San Dámaso u Orentio. Asimismo, después de tratar algunos aspectos del libro tercero de la obra augustiniana *De Deo*, sigue una serie de comentarios diversos a los códices vaticanos Reg. Suecia 908 de Draconcio y Reg. lat. 300). Son apuntes de nuestro editor muy variados, anotaciones –futuras notas de comentario- que tomaba para hacer las ediciones de los poetas, sobre todo Draconcio). En el legajo nº 9 hallamos comentarios a Draconcio, Sedulio, y Arator. Más adelante en la caja 43 / 1, entre otras anotaciones varias, en los legajos 10 (falta el legajo num. 11) y 12 aborda cuestiones de comentario sobre Juvenco y a continuación los legajos num. 13, 14 y 15 y 17 vuelven a ser dedicados a Arator.

²² Cf. URIARTE-LECINA I (1936), p. 269.

²³ Cf. GALLEGMO MOYA (2002), p. 631.

La relación de las obras realizadas por nuestro humanista, aquí expuestas a modo de pinceladas²⁴, puede servir para valorar, dar idea y situar el trabajo llevado a cabo por Arévalo. El elenco de todas estas obras da cuenta de la dedicación de Arévalo a las mismas y refleja el alcance y la proyección que pueden suscitar.

En todas ellas ofrece cuantioso material y, en cualquier caso, brinda al estudioso la posibilidad de adentrarse en un análisis pormenorizado de todos y cada uno de los aspectos tratados por él, debido tanto a su labor de editor como de comentarista. Esta relación sucinta de sus obras da testimonio de la personalidad de Arévalo, un humanista de su tiempo, un representante del humanismo jesuítico y cuya evolución como autor está marcada por la expulsión de la Compañía de Jesús.

Hemos tratado de mostrar la evolución de un personaje como Faustino Arévalo, su convicción jesuítica desde el principio, su deseo de defender lo hispano y a la Iglesia española, y, junto a ello, su deseo de reconocimiento personal, que logró al poco tiempo y que trajo consigo no sólo la amistad con Lorenzana y de otros personajes influyentes, sino igualmente diversas enemistades²⁵ que trataron de obstaculizar en muchas ocasiones sus planes. Su ingente obra, no toda ella editada²⁶, y en gran medida perdida, es muestra de su labor como humanista, de sus intereses y, sobre todo, de su capacidad de trabajo.

La producción literaria arevaliana, extensa y variada, como hemos recordado, ofrece una amplia gama de géneros que van desde el himno al género del comentario. Pero es cierto que el grueso de la misma lo constituyen las importantes ediciones comentadas que realizó de las obras de distintos poetas cristianos como Prudencio, Draconcio, Juvenco o Sedulio, y en cuanto a la prosa, la de Isidoro. Su mayor aportación, por tanto, estriba en el desarrollo y la elaboración de ediciones comentadas abarcando, como tendremos ocasión de ver, los más

²⁴ Arévalo, además de las obras reseñadas, fue autor de una obra relativamente importante poética y traductora y se ocupó, al parecer con mucho éxito, de traducir autores clásicos como Terencio. Destaca igualmente su intento, aunque vano, por reeditar las "Bibliotecas" como la de Nicolás Antonio; *cf.* GALLEGO MOYA (1997), pp. 34-42.

²⁵ España se veía sometida a duras críticas por parte, sobre todo, de eruditos italianos como Tiraboschi, Bettinelli, G. Roberti, o C. Vanetti. Acerca de la opinión que sobre los jesuitas existía en Italia, *cf.*, por ejemplo, CIAN (1894), pp. 6-12.

²⁶ Sin duda entre los archivos encontrados en la Biblioteca de Loyola hallamos algunos documentos que no salieron a la luz y quedaron en el proyecto de nuestro jesuita. Más adelante, con motivo de diversas cuestiones aparecerán referencias a estos archivos sin duda valiosos y novedosos en tanto en cuanto no han sido hasta el momento estudiados.

diversos aspectos relativos al texto, desde la crítica textual (en sus estudios de variantes, importantísimas para la fijación del texto) a cuestiones de otra índole como serán las relacionadas con el estilo, la prosodia, la sintaxis o el sentido propio de los textos, todo lo relativo a la semántica.

Sus ediciones de estas obras mantienen un "formato" muy semejante entre ellas en lo que se refiere a la disposición de las mismas. Estas incluyen unos Prolegómenos, el texto del autor correspondiente, notas y comentarios al mismo; asimismo ofrecen diversos apéndices, además de varios índices, etc. La estructura suele ser muy parecida en este sentido, como decimos, aunque al estudiar cada una de ellas es lógico apreciar diferencias de unas a otras, características propias impuestas muchas veces por el texto a editar y aspectos específicos que se plantean en cada una de ellas.

Arévalo, sirviéndose del método de trabajo de los humanistas anteriores -y que vuelve a estar presente en su época- se muestra fiel representante y estrecho seguidor de la tradición literaria humanista.

I.2 JUVENCO

I.2.1 Juvenco, poeta latino cristiano

Cuando pretendemos abordar una obra como la juveniana se hacen necesarias inevitablemente unas referencias lo más claras posibles al autor del poema, y desde luego a la naturaleza y esencia de la obra.

Preguntas como quién es Juvenco (Gayo Vetio Aquilino Juvenco) o en qué consiste esta obra que Arévalo se había propuesto desde tanto tiempo atrás sacar a la luz, quién fue este poeta, en qué época vivió, en qué género literario anterior se inserta la obra que compuso. Por qué se ocupó de hacer una obra de esta envergadura, qué pretendía con ella, qué motivos y razones le impulsaron a realizarla. Son todas estas y tantas otras posibles, cuestiones preliminares que consideramos conveniente abordar antes de adentrarnos propiamente en el estudio de la edición que nuestro humanista elaboró, aunque sirviéndonos también de los datos que él mismo ofrece.

Comenzamos indicando que las noticias que se nos han transmitido acerca de Juvenco no son demasiadas, aunque, frente a otros autores de la antigüedad, sí tenemos información de la que partir.

Las noticias más cercanas en el tiempo proceden, como suele ocurrir, de San Jerónimo²⁷. Éste habla de Juvenco en cuatro ocasiones²⁸.

La primera de ellas la encontramos en su obra *De Viris Illustribus* nº 84. El pasaje reza así:

Juvenus, nobilissimi generis hispanus, presbyter, quattuor evangelia hexametris versibus pene ad verbum transferens, quattuor libros composuit et nonnulla eodem metro ad sacramentorum ordinem pertinentia. Floruit sub Constantino principe.

Esta cita es recogida por todos los autores al abordar el estudio de nuestro poeta.

²⁷ A lo largo de nuestro estudio convivirán diversos modos de nombrar a los distintos autores. Estará presente en ocasiones el nombre latino, otras veces hemos preferido castellanizarlos y finalmente algunos hemos optado por mantenerlos en su lengua original, utilizando el nombre por el que son más comúnmente conocidos. Así podemos encontrar un Barthius, como Fabricio, así como Castley o Bentley.

²⁸ Arévalo daba cuenta de todas estas menciones por parte de Jerónimo en diversos lugares de su edición que indicamos de modo sucesivo. La 1ª, Cap. IV de Prolegómenos, Num 103, p. 46, información que dice tomar de Honorio Augustodunensis; la 2ª en Cap. I, Num. 22, p. 13; en esta mención Arévalo precisa que la encuentra en la *additio ad Chronicum Eusebium*, tomo VIII de sus obras y la columna 787 en que se encuentra; la 3ª Cap. I, Num. 20, p. 12; la 4ª, Cap. IV, Num 88, p. 42.

Un segundo lugar donde encontramos referencia a Juvenco y a la obra que realizó, es en su *Chron. ad annum 329 / 330* (Olimpiada 278-333 d. C.) donde podemos leer:

Iuencus presbyter, natione hispanus, Evangelia heroicis versibus explicat (Hieronymus. (*Opera*, t. VIII, c. 787)).

La tercera referencia jeronimiana a Juvenco y su producción literaria es la que hallamos en su *Epistola LXX* a Magno. Allí leemos:

Iuencus presbyter sub Constantino historiam Domini Salvatoris versibus explicavit; nec pertimuit Evangelii maiestatem sub metri leges mittere.

El cuarto lugar referido a Juvenco pertenece a su *Comentario a San Mateo*, donde cita de nuevo a nuestro poeta con estas elogiosas palabras:

Pulcherrime munerum sacramenta Iuencus presbyter uno versiculo comprehendit; "Thus, aurum, myrram, regique, hominique, Deoque, / Dona ferunt".

Por San Jerónimo sabemos, pues, que nuestro poeta era un sacerdote hispano, provenía de una ilustre familia, vivió en tiempos del emperador Constantino a principios del siglo IV. Realizó una obra poética que llevó a cabo poniendo en hexámetros, el verso propio del género épico, la vida de Cristo, sacada de los *Evangelios*.

Alaba San Jerónimo la maestría con que el poeta supo aprisionar en los férreos moldes del verso la vida entera de Cristo. San Jerónimo cuando habla de él, lo suele hacer con encarecidos elogios, y su testimonio es tanto más de apreciar, cuanto que se trata de un verdadero clasicista y degustador de las bellezas literarias, en el sentido moderno de la palabra²⁹, valoración que es semejante a la arevaliana; lo veremos cuando establece sus semejanzas con autores clásicos o lo considera imitado por Prudencio, etc.

San Jerónimo informaba de otra obra que al parecer también elaboró nuestro poeta sobre los Sacramentos³⁰, pero que no ha llegado a nuestras manos. Desconocemos, sin

²⁹ Cf. VEGA (1945), pp. 209-247.

³⁰ El testimonio jeronimiano –al que ya hemos aludido anteriormente– reza así:

embargo, con exactitud el contenido de la misma. Podemos hacer hipótesis y pensar que sería un tratado doctrinal o himnos de carácter litúrgico que cantarían las excelencias de la Eucaristía etc., pero una respuesta que pueda darse no pasa de los umbrales de la conjetura.

Partiendo de los datos de San Jerónimo no cabe duda del carácter letrado de Juvenco, que, conocedor de *las Sagradas Escrituras* y poseedor de ciertas dotes poéticas, emprende esta labor de adecuación y concordancia del lenguaje evangélico al género épico tradicional legado por la cultura clásica greco-latina.

Estos son los datos que se suelen repetir y sobre los que puntualizan y discuten los estudiosos al tratar de Juvenco. Algunos matizan concretando su lugar de origen en Andalucía, más exactamente en Sevilla³¹. Se refiere también a él Jean-Louis Charlet como *prête de Bétique*³².

Además de esto, la obra misma del poeta nos ofrece importante información. Juvenco de modo directo, en el epílogo que cierra la obra, aporta unos datos que, sin duda, considero valiosos. Rezan así:

*Haec mihi pax Christi tribuit, pax haec mihi saeculi,
quam fovet indulgens terrae regnator apertae
Constantinus, adest cui gratia digna merenti,
qui solus regum sacri sibi nominis horret
imponi pondus, quo iustis dignior actis
aeternam capiat divina in saecula vitam
per Dominum lucis Christum, qui in saecula regnat*³³ . (IV 802-812)

Es evidente que a Juvenco le interesa destacar que su obra ha podido ser realizada, y, sobre todo, dada a luz porque vive en un época propicia³⁴ y bajo un emperador predestinado

Juvenus, nobilissimi generis hispanus, presbyter, quattuor evangelia hexametris versibus pene ad verbum transferens, quattuor libros composuit **et nonnulla eodem metro ad sacramentorum ordinem pertinentia**. Floruit sub Constantino principe.

³¹ Cf. GARCÍA DE LA FUENTE (1990), pp. 269ss.

³² Cf. CHARLET (1985), p. 631.

³³ La numeración de los versos (802-812) pertenece a la edición Huemer. En la edición de Arevalo véase pp. 388-389., que corresponde a los versos 807 – 813. Sobre estas correspondencias trataremos más adelante. En ella se constata el nombre del emperador.

³⁴ Es interesante señalar las circunstancias tan difíciles atravesadas por los cristianos en tiempos del emperador Diocleciano, las duras persecuciones y el sucesivo cambio que se va desarrollando hasta ser posible publicar y

para que la paz de Cristo reine³⁵, idea que el léxico contribuye a reforzar, en especial con la repetición de *pax* del primer verso y el *regnat* del último verso del epílogo. Por tanto, es evidente que, siendo Constantino³⁶ el emperador, Juvenco vivió en los comienzos del siglo IV, y publicó su obra bajo este emperador, probablemente entre los años 329 – 330.

Del epílogo juvenciano que avalaba sin lugar a dudas el contexto histórico de su obra, pasamos a las noticias que pueden extraerse acerca de la obra misma en el segundo de sus proemios³⁷. Ciertamente, las noticias que ofrece el propio poeta en este proemio son relativas ya a la obra poética que lleva a cabo, la cual tiene unas características concretas y peculiares.

- 1 *Immortale nihil mundi compage tenetur,*
- 2 *Non orbis, non regna hominum, non aurea Roma,*
- 3 *Non mare, non tellus, non ignea sidera coeli.*
- 4 *Nam statuit genitor rerum irrevocabile tempus,*
- 5 *Quo cunctum torrens rapiat flamma ultima mundum.*
- 6 *Sed tamen innumeros homines sublimia facta,*

difundir una composición poética como la que elabora nuestro poeta, lógicamente tan incisiva y reveladora del nuevo pensamiento cristiano que con el tiempo iría impregnando la sociedad y tomando nueva fuerza con la sangre derramada de los mártires, testimonio inequívoco para la sociedad del momento. La Iglesia salió fortalecida de la persecución de Diocleciano, aunque se prolongó en la parte oriental del Imperio durante varios años más, después de la abdicación de Diocleciano y Maximiano (Marco Aurelio Valerio). Era la última prueba de la Iglesia, en su lucha heroica sostenida durante siglos con la Roma pagana, y a las puertas estaba ya de la definitiva libertad del Cristianismo. Aunque la tolerancia y la libertad de cultos eran en principio la doctrina oficial, en modo alguno se mantuvo equilibrada la balanza entre el paganismo y el cristianismo, pues la política imperial favoreció claramente a la nueva religión (Como botón de muestra prueba de esta afirmación, exponemos una serie de cambios experimentados en la sociedad en este momento como son: la aparición de los símbolos cristianos en las monedas, concesión de un estatuto jurídico privilegiado para la Iglesia católica, multiplicación de los centros de culto, aparición de las primeras medidas restrictivas contra las prácticas paganas, etc.). Es, por tanto, precisamente en este contexto político en el que debemos situar la figura de Juvenco. Una relativa paz y prosperidad del mundo romano unificado bajo la autoridad de un solo emperador – y religioso – verdadero triunfo del cristianismo como religión privilegiada y favorecida dentro del Imperio.

³⁵ Ese sentido providencialista en que queda claro que Roma era la ciudad predestinada para ser cabeza de la Iglesia Católica y para que reinase la paz de Cristo, como insiste Prudencio, sobre todo en su *Contra Symmacum, Liber I*.

³⁶ Flavio Valerio Constantino, a quien la historia conoce como “El Grande”, emperador de Roma entre el 306 y el 337 d. C., es verdaderamente el fundador del bajo Imperio. Sus reformas dejaron establecidas para mucho tiempo las estructuras políticas, económicas y sociales del mundo romano. En lo que se refiere a su postura con respecto a la religión cristiana, es precisamente el famoso Edicto de Milán (promulgado el 15 de junio del 313) el que concedía a los cristianos una plena y total libertad de culto y la restitución inmediata de todos los bienes confiscados. Este edicto, fruto del encuentro entre Licinio y Constantino que tuvo lugar en Milán en febrero del año 313, aunque posiblemente no existió un edicto promulgado en esa ciudad por los dos emperadores, pues lo que allí acordaron ambos sobre los cristianos lo conocemos únicamente a través del edicto publicado por Licinio en Nicomedia para la parte oriental del Imperio, el que establece la libertad religiosa para todos los ciudadanos, lo cual suponía y significaba el reconocimiento oficial del cristianismo. A juzgar por la política que siguieron después ambos emperadores, parece que fue Constantino el auténtico inspirador de este edicto, que hizo que la nueva religión floreciese rápidamente. La presencia de la Iglesia a través de sus instituciones se hizo pronto visible en la sociedad.

³⁷ Cuestión debatida es la autoría de los ocho versos iniciales de la *Historia Evangelica* que constituyen, según algunos, el primer proemio de la obra. Más adelante trataremos acerca de esta cuestión.

7 ***Et virtutis honos in tempora longa frequentant:***
 8 ***Accumulant quorum famam, laudesque poetae.***
 9 ***Hos celsi cantus, Smyrnae de fonte fluentes,***
 10 ***Illos Minciadae celebrat dulcedo Maronis.***
 11 ***Nec minor ipsorum discurrit gloria vatium,***
 12 ***Quae manet aeternae similis, dum secla volabunt,***
 13 ***Et vertigo poli terras, atque aequora circum***
 14 ***Aethera sidereum iusso moderamine volvet.***
 15 ***Quod si tam longam meruerunt carmina famam,***
 16 ***Quae veterum gestis hominum mendacia nectunt,***
 17 ***Nobis certa fides aeternae in secula laudis***
 18 ***Immortale decus tribuet, meritumque rependet.***
 19 ***Nam mihi carmen erit Christi vitalia gesta,***
 20 ***Divinum in populis falsi sine crimine donum.***
 21 ***Nec metus, ut mundi rapiant incendia secum***
 22 ***Hoc opus: hoc etenim forsitan me subtrahet igni***
 23 ***Tunc, cum flammivoma descendet nube coruscans***
 24 ***iudex, altithroni genitoris gloria, Christus.***
 25 ***Ergo age, sanctificus adsit mihi carminis auctor***
 26 ***Spiritus, et puro mentem riget amne canentis***
 27 ***Dulcis Iordanis, ut Christo digna loquamur.***

El elaborado proemio sugiere desde el principio, por contraste con el *immortale nihil* con el que abre, que la *Historia evangelica* está destinada a la inmortalidad. El elogio altamente positivo de su poema queda manifiesto a lo largo del pasaje. Como obra poética que es, no va a perecer como sí lo harán el mundo, el mar, la tierra, los astros, incluso como anteriormente indicaba la "aurea Roma", es ley divina que el tiempo irrevocable acabe con todo.

Se salvan de alguna manera de esta destrucción, como lo hará su obra, las hazañas y la virtud de un buen número de hombres a los que cantan los poetas, que vivirán con ellos en su obra. Las alusiones a Homero y Virgilio (vv. 9-10) manifiestan de un modo elocuente que el poema juveniano se relaciona directamente con el mismo género literario de que estos se sirvieron.

Nos parece que Juvenco tiene conciencia plena de la superioridad de su obra con relación a sus antecesores, y muestra de ello son los versos 17-18; a su obra, que versa sobre los hechos de la vida de Cristo (v. 19) y no trata de *mendacia*, como hacen los escritores paganos, le alcanzará la gloria inmortal, mucho más porque en su narración poética sigue con total fidelidad las fuentes evangélicas (v. 20).

La vida de Juvenco no permanecerá solamente con la vida de su poema, sino que trascenderá este mundo librándose además, gracias a ella, cuando llegue el Juicio Final, para siempre de las llamas del infierno. Es decir, manteniéndose dentro del tópico literario, lo excede.

Finalmente, la inspiración que en toda obra literaria se presupone, la ayuda que la divinidad otorga al poeta, no es omitida, sino por el contrario, trascendida. Juvenco no beberá de la inspiración de la fuente de Esmirna, como haría Homero, ni la del río Mincio, como Virgilio, sino de las mismas aguas del Jordán –en que Jesús fue bautizado-, y será el Espíritu Santo al que invoca de modo semejante que aquellos invocaran a la Musa, el que le asista.

Vemos, por tanto, que su obra se inserta en una tradición literaria épica y cómo pondera la valía de la misma gracias a la temática y a la fidelidad del poeta al texto evangélico. Si hay cosas *quasi* eternas: *sublimia facta et virtutis honos* (vv. 6-7), que llevan consigo la *gloria vatium* (v. 11), puede afirmarse que las *Christi vitalia gesta* (v. 19) que él canta le darán gloria por los siglos de los siglos con el fin del mundo y la última fuego no acabará con el autor de las mismas.

Como hemos anticipado y queda claro en el verso 27, *Dulcis Jordanis, ut Christo digna loquamur*³⁸, cuenta con la inspiración el Espíritu Santo y de las aguas del río Jordán para llevar a cabo adecuada y dignamente su obra. La pretensión de Juvenco es, con esa ayuda, presentar versificada la vida de Jesús pero, y esto es muy importante, **siguiendo muy de cerca el texto evangélico**³⁹.

Con respecto al título de la obra, el nombre por el que se la conoce es *Historia evangelica*, aunque en los mejores manuscritos aparece bajo el título de *Liber evangeliorum* o *Libri evangeliorum quattuor*⁴⁰.

Se halla dividida la obra en cuatro libros. Así aparece en todos los manuscritos que poseemos y en todas las ediciones; también es coincidente la entidad de cada uno de los libros. Sin embargo esta división, que naturalmente, de no ser propia de Juvenco, fue muy antigua y estaba, evidentemente, ya en el arquetipo, ha sido objeto de opiniones e hipótesis diversas; y estas opiniones afectan al número mismo de libros en que queda dividida la obra, cuestionándose igualmente los lugares en que finalizan y comienzan los libros. Según la opinión de Orejón Calvo esta división sería arbitraria, puesto que cualquier otro número

³⁸ Hasta este momento hemos expuesto las palabras del propio Juvenco que nos indican datos de su vida y de las pretensiones de su obra. Se desprende de este verso que no sólo quiere decir "cosas" dignas de Cristo, sino también que su obra debe ser digna y estar en concordancia con la dignidad de lo que en ella se escribe.

³⁹Cf. HIERONYMUS, *De vir. Ill. 84: paene ad verbum* y lo dicho por el propio poeta en el verso 20 de este proemio.

⁴⁰ Uno de los mejores manuscritos es el ms. 304 del *Corpus Christi College* de Cambridge, copiado en el siglo VII. Cf. GARCÍA VILLADA (1929), p. 150. Dice así: "Hay otras tres también preciosas, del siglo VIII y bastantes de las posteriores, si bien muchas han perecido. Era habitual que los lectores asiduos e inteligentes del poema, se les ocurriera acotarlo marginalmente. Existen en efecto, varios códices con notas marginales, unas en latín, otras en irlandés y otras en alemán".

hubiera sido válido, y la división o cortes de la obra también se podría haber situado en cualquier otro lugar; aunque no deja de pensar que el número cuatro –sea quien fuese el que lo estableciese- pueda estar sugerido por ser cuatro los evangelistas⁴¹. Ángel Custodio Vega, que atribuye la división al propio Juvenco, insiste en ideas semejantes⁴²; también en que el número de evangelistas está detrás del número de libros⁴³.

Por su parte Salvatore Costanza⁴⁴ piensa que, más que atender al número de los Evangelios, la división de la obra juveniana se estructuraría de acuerdo con las cuatro etapas de la vida de Cristo, aunque esto no resulta tan preciso si atendemos a la obra en sí. Estas son sus palabras:

“Delle opere di Giovenco menzionate da Gerolamo ci restano solo gli *Evangeliorum libri*, che sono 4 no per ripetere il numero dei 4 Vangeli, ma per distinguere i 4 tempi della vita terrena di Cristo”.

En fin, no tenemos certeza de las razones de esta división, aunque no se puede desechar por completo, como una más posible, el que la admiración que siente Juvenco hacia Virgilio⁴⁵ haya contribuido de alguna manera –si la división es suya- a la elección de ese número cuatro, el mismo número en que el poeta de Mantua divide sus *Geórgicas*⁴⁶.

En cuanto a la arbitrariedad en la elección de los lugares de corte para la división de libros, podría ser respaldada esta idea, a nuestro modo de ver, por un hecho algo sorprendente, a saber, la distribución de una narración unitaria, la de la parábola de la cizaña, entre dos libros, (final del libro segundo y principio del tercero).

Es posible que la división pueda haber respondido a razones materiales, a saber, la división del total de la obra en partes de un número de versos semejante y a la vez adecuado para formar un *volumen*. Es evidente que el número de versos de cada libro está alrededor del ochocientos, y que esta cantidad de versos es adecuada a un *liber*.

⁴¹ Cf. OREJÓN CALVO (1926), p. 8: "la *Historia evangelica* de Juvenco está dividida en cuatro libros, cuya división, a excepción de la última parte, parece completamente arbitraria, pues ni él nos da razón de la misma, ni encontramos fundamentos sólidos en que apoyarla". Piensa que esta división en libros y capítulos, puramente externa, no debe ser obra del poeta, sino más bien de algún copista posterior, "que asustado por aquella larguísima tirada de versos pretendió con ellas hacer más fácil y agradable la lectura del poema".

⁴² Cf. VEGA (1945), pp. 235-236: "Juvenco la dividió en cuatro libros. Lo mismo hubiera podido dividirla en diez o en veinte, puesto que semejante división es arbitraria y sin conexión alguna con la materia de la obra".

⁴³ Cf. *ib.*: "La razón de dividirla en cuatro libros obedeció, sin duda, a haberla dedicado a los cuatro evangelistas, a los que consagra unos breves dísticos en el *frontis* de su obra. En muchos de los manuscritos antiguos figura además otra división por escenas, a modo de cantos, que llevan al frente su epígrafe propio".

⁴⁴ Cf. COSTANZA, S. (1985 a).

⁴⁵ La presencia del poeta es constante en la obra juveniana, como habían visto los comentaristas, entre ellos nuestro Arévalo, y ha demostrado E. Borrell; cf BORRELL (1983, 1990 a, 1990 c, 1991 b, 1991 c.)

⁴⁶ Recordemos que también son cuatro las *Odas* horacianas (aunque fueron tres en un principio) y también cuatro las *Elegías* de Propertio.

Hablando de los versos de que constan los libros de la *Historia evangelica*, abordamos ahora una cuestión relativa a la diferente numeración que presenta la obra en las ediciones, lo que plantea no pocos problemas en el estudio y cita de pasajes, sobre todo en el libro primero; pero también encontramos diferente número de versos en cada uno de los restantes libros⁴⁷.

El número de versos varía, según las ediciones, y oscila entre los 3.226 de la edición de Arévalo a los 3.183 de Marold. Tanto el número de versos en total como su distribución por libros lo vemos reflejado en la Tabla siguiente, en que hemos seleccionado tres ediciones anteriores a Arévalo y las dos realizadas posteriormente a la arevaliana.

EDICIÓN	AÑO DE PUBLICACIÓN	LIBRO I	LIBRO II	LIBRO III	LIBRO IV	TOTAL Hexámetros
POELMANN	1.538	774	838	774	810	3.196
REUSCH	1.710	773	835	774	813	3.195
GALLAND	1.765	774	837	775	815	3.201
ARÉVALO	1.792	809	831	773	813	3.226
MAROLD	1.886	770	829	773	811	3.183
HUEMER	1.891	770	829	773	812	3.184

Como puede fácilmente observarse la oscilación de número de versos es patente y refleja de un modo claro la cuestión que hemos procurado señalar. En los libros del segundo al cuarto las leves diferencias hablan de supresión o adición de algún verso presente o ausente en los manuscritos. Sin embargo, la variación del primer libro, es decir -los 809 versos de Arévalo- es un tanto llamativa, aunque la respuesta a este hecho es fácil. Los treinta y cinco

⁴⁷ Nos ocuparemos de ello más adelante, aunque ahora ofrecemos los datos necesarios.

versos con que comienza la *Historia evangelica* son distribuidos en dos proemios de ocho y veintisiete versos respectivamente, proemios que las ediciones presentan de distintos modos según los criterios adoptados por cada editor⁴⁸.

Arévalo comienza la numeración de su libro en el verso primero del primer proemio; los demás editores los dejan fuera de la numeración del libro; de ahí que, aparte de la diferencia de cantidad de versos, exista entre Arévalo y los demás una diferencia de numeración, puesto que el verso que lleva el número uno en los demás, en Arévalo presente el número treinta y seis.

El primer proemio, escrito como el segundo en el mismo metro que la *Historia evangelica*, en hexámetros, es el más cuestionado en cuanto a la autoría. Dice así⁴⁹:

- 1 *Matheus instituit virtutum tramite mores,*
- 2 *Et bene vivendi iusto dedit ordine leges.*
- 3 *Marcus amat terras inter coelumque volare,*
- 4 *Et vehemens aquila stricto secat omnia lapsu.*
- 5 *Lucas uberius describit praelia Christi,*
- 6 *Jure sacer vitulus, qui munia fatur Abia.*
- 7 *Ioannes fremit ore leo, similis rugienti,*
- 8 *Intonat aeternae pandens mysteria vitae.*

La discusión sobre la paternidad juveniana la conocía Faustino Arévalo y la aborda; no ignoraba los problemas que plantea y las razones que se habían dado para negarla. Él cree que estos ocho versos son del propio Juvenio, a pesar de que -sabe- no era costumbre en la época escribir dos proemios, y a pesar de que en algunos manuscritos, como también sabe, estuviese ausente el primero; él mismo lo deja patente en una lámina que intercala tras la página 24 de su edición, en que se reproducen fidelísimamente los "incipit" del manuscrito Reginese 333, que ofrece el primer proemio, y del manuscrito Ottoboniano 35, que

⁴⁸ Arévalo actúa de modo distinto a los editores anteriores y se encuentra aislado, por cuanto no le siguen los que vienen después (cf., por ejemplo, Marold o Huemer). No están estos versos en Poelmann, sí en Reusch, editor al que sigue de cerca nuestro Arévalo, pero no estaban formando parte del libro primero, sino como un Epigramma (*Ivenci Epigramma de IIII Evangelistis*), antecediendo al *Praefatio* de la obra (es decir, al segundo proemio); la numeración comienza de nuevo tras el *Praefatio*. Reusch informaba de que G. Fabricius y Barthius los conocían (cf. p. [17^r], y de que los versos aparecían al final del manuscrito de la obra de Sedulio, pero sin nombre de autor. Galland, por su parte, omitía el "primer proemio" y comienza la numeración, como lo hacían los otros. Es evidente que Arévalo imita a Reusch incorporando los primeros versos pero avanza al considerarlos parte integrante del libro. Después de Arévalo, Marold los incorpora como primer y segundo *Praefatio*, y Huemer también, aunque ningún "título" precede a los ocho versos que comienzan con "*Matheus instituit virtutum tramite mores*".

⁴⁹ El texto que ofrecemos es el de la edición de Arévalo; en otras, las de Marold y Huemer, leemos de modo diferente el verso 6: en vez de *qui munia fatur Abia* de Arévalo, *quia vatum munia fatur*.

comienza con el segundo, es decir, éste último, no incluye los primeros ocho versos que Arévalo defiende como auténticos de Juvenco.

En apoyo de la tesis de Arévalo viene, por otra parte, el manuscrito más antiguo del poema juvenciano, el Cantabrigense 304, documento valiosísimo, muy estimado y apreciado por todos los estudiosos, que Arévalo no pudo, sin embargo, leer directamente⁵⁰. Este manuscrito, como podemos comprobar en las láminas que acompañan al final de este apartado, ofrece estos ocho versos precediendo la obra y ya antes aparecía el nombre de Juvenco expresamente. Si bien es cierto que finalizado este nuevamente hallamos el nombre de nuestro poeta introduciendo el segundo de los proemios que viene encabezado por el célebre verso *Inmortale nihil etc.*

A diferencia de la opinión⁵¹ arevaliana, Marold y Huemer, editores posteriores de la *Historia evangelica*, piensan que el primer proemio no es de Juvenco y se basan para sustentar su criterio en una serie de hechos, la mayoría ya conocidos por Arévalo, pero que éste no juzgaba determinantes. Estas son las razones que señala Huemer⁵², siguiendo a Marold:

Estos versos sólo se encuentran en un número reducido de códices (C, C₂, Mp, P, T, V₁, B, H), en tanto que faltan en los restantes.

- 1) En los códices Mp y T los precede un poema sobre los cánones eusebianos compuesto por Laurencio Escoto (s. VII).
- 2) En los códices (*Codex Musei Britannici* [s. X] y *codex Sangallensis* 197 [s. IX-X]) los leemos al final de la *Historia evangelica*.

⁵⁰ Sobre este manuscrito fundamental para contrastar o defender *lectiones* de Arévalo, tratamos en el correspondiente apartado de manuscritos utilizados por Arévalo. Allí comprobaremos que las noticias que llegan a nuestro editor le hacen confundirse en ocasiones.

⁵¹ En el comentario arevaliano al primero de los versos, v. 1 del primer proemio, *Mattheus instituit virtutum tramite mores*, Arévalo muestra las fuentes en que este proemio aparece formando parte de la obra juvenciana aludiendo –información que toma de Reusch- a algunos códices entre ellos el Cantabrigense: Cf. ARÉVALO (1792), p. 61: De hac prima praefatione egi in Prolegom. num. 48. Sabatierius, Biblior. sacror. Lat. version., initio Evangelii S. Marci, ex vetustissimo codice Sangermanensi primos duos versus protulit: *Mattheus instituit, etc.*, quibus illico succedunt duo alii de S. Marco, sed in hanc sententiam: *Marcus fremit ore leo, similisque rudenti—Intonat aeternae pandens mysteria vitae*. Reliqui versus de duobus aliis Evangelistis a Sabatierio omnino omittuntur. Abnormis vero est, et corruptus versus ille *Marcus fremit, etc.* Barthius, libr. XI Advers. cap. 23, ex codice ms. Iuveni octo integros versus descripsit fere, ut apud Poelmannum. **Reuschius idem epigramma in codicibus Iuveni Cantabrigiensi**, et Helmstadiensi **inveniri testatur**. Observat etiam, duobus primis versibus innuere velle Iuvenum, licet non exprimat, hominis specie notari Matthaum in rota Ezechielis: idque praecipue colligit ex verbis v. seq. *iusto ordine*.

⁵² Cf. HUEMER (1968) (Cf. pp. XXIV-XXV *Prolegomena*).

- 3) En el códice C, el más antiguo de los manuscritos juvenianos, este proemio antecede al nombre mismo de nuestro poeta, y en C₂ (*codex Cantabrigiensis*, [s. IX]) se le atribuye al papa Dámaso (366-384).
- 4) Los evangelistas no aparecen enumerados en el orden usual, que sería: Mateo, Juan, Lucas y Marcos.
- 5) El término *Mattheus* está considerado en este proemio como bisílabo, y el término *Iohannes* como trisílabo y con “i” consonántica, particularidades ambas en contradicción con el tratamiento métrico dado normalmente a estos nombres en la obra de Juvenco.

Huemer piensa que estos versos son de los que solemos llamar “versos memoriales” e insinúa que tal vez se compusieran en época carolingia, momento en el que eran muy frecuentes este tipo de versos.

Discrepancias existen también entre los autores que están de acuerdo en que este primer proemio no es de Juvenco; afectan a las razones que ofrecen para negarlo y la fecha de composición del mismo. Knappitsch⁵³ piensa que no es de Juvenco por los símbolos atribuidos a cada evangelista⁵⁴, y, en cuanto a la fecha, que habría sido escrito en época anterior a la carolingia, no mucho después de la composición de la *Historia evangelica*.

En relación ya al contenido del proemio, advertimos que, de los ocho versos que lo componen, cada dos están dedicados a uno de los evangelistas, y que el proemio se abre con el nombre de Mateo, y que los otros tres nombres –Marcos, Lucas y Juan- ocupan respectivamente la cabecera del resto de versos impares, sintetizando cada par de versos las notas fundamentales de los respectivos relatos evangélicos. El fin y la naturaleza del proemio pretende orientar sobre la naturaleza y contenido de la obra que precede. Por ello parece oportuno comenzar haciendo una breve mención de los distintos episodios que reúne cada libro de la *Historia evangelica*⁵⁵.

El libro primero trata de todo lo referente a los padres de Juan Bautista, a su concepción, el envío de Arcángel Gabriel por Dios a la Virgen María, la visita de María a su prima Isabel, el nacimiento de Juan Bautista etc. De Cristo encontramos los pasajes referidos a su nacimiento, la adoración de los Magos, la presentación del Niño Jesús en el templo, la

⁵³ KNAPPITSCH (1910-13).

⁵⁴ Cf. Nota al verso 3 de la edición arevaliana, en que ya mostraba cómo han sufrido variaciones a lo largo del tiempo estas atribuciones.

⁵⁵ No nos detenemos en las “fuentes evangélicas”, que serán objeto del apartado IV.3.3.

vocación de los Apóstoles, el Sermón de la Montaña y los primeros milagros obrados por Jesús hasta la curación de la suegra de Pedro inclusive.

El segundo expone nuevos milagros y curaciones obradas por Jesús, además de parábolas como la del grano de mostaza o la de la levadura. Con la parábola de la cizaña, que queda interrumpida, finaliza, como ya hemos indicado, el libro segundo.

El libro tercero comienza con la explicación de la parábola de la cizaña, y continúa con la exposición de otros milagros, discursos y parábolas de Jesús, y lo cierra la parábola de los invitados al banquete nupcial.

El libro cuarto se inicia con el episodio del tributo debido al César, se narran las disputas de Jesús con los fariseos, las parábolas de las diez vírgenes y de los diez talentos, la enfermedad de Lázaro y su resurrección, para entrar luego de lleno en la Pasión de Jesús, su Resurrección y los sucesos posteriores a ella, como el soborno de los soldados y la aparición de Cristo ya resucitado en Galilea.

El tema de la *Historia evangelica* es, pues, la versificación de la vida de Cristo comenzando por la concepción y nacimiento de Juan el Bautista hasta llegar a la aparición de Cristo en Galilea una vez resucitado.

El epílogo, como ya indicábamos al tratar de la fecha de la composición de la *Historia evangelica*, presenta a Juvenco como un versificador de textos sagrados iluminado por la gracia de Cristo, cuya obra se ha beneficiado de la paz que Constantino ha devuelto a Roma.

La fuente temática de la *Historia evangelica* son los Evangelios, los relatos evangélicos de Mateo, Marcos, Lucas y Juan.

El hilo de la narración es cronológico, aunque algunos episodios como el del milagro de las bodas de Caná nos inducen a pensar en algunas variaciones. Este milagro aparece en el relato evangélico de Juan como el primero que hizo Jesús y en cambio en el poema juvenciano no ocupa este lugar.

Mateo constituye, como se reconoce, el hilo conductor del relato, aunque la *Historia evangelica* no es sólo, como se ha repetido muchas veces, una versión poética del relato evangélico de Mateo. Es cierto que Juvenco sigue por regla general a este evangelista, con preferencia a los demás, pero preferencia no significa exclusión. Juvenco narra pasajes que están ausentes en Mateo y, es más: aun cuando sigue el relato de Mateo no deja de consultar a

los otros sinópticos, tomando de ellos pormenores y circunstancias que no aportaba el primero⁵⁶.

La recurrencia a cada uno de ellos nos induce a pensar que Juvenco había realizado una labor previa de confrontación de textos sumamente diligente y minuciosa, lo que a su vez nos revela el gran cuidado que ponía en reflejar fielmente la verdad histórica de los hechos evangélicos⁵⁷.

Volvemos ahora al lugar de partida, es decir, al discutido primer proemio. La pregunta, que sin duda nos apremia, es cuáles pudieron haber sido las razones por las que Juvenco eligió como hilo conductor para su poema el relato evangélico de Mateo, cuáles fueron los motivos para que, de entre los cuatro evangelistas, optara por él. Quizás podamos buscar respuesta y encontrarla en esos ocho versos.

Debemos tener en cuenta el fin pedagógico, que de momento adelantamos y que en adelante indicaremos, de la obra juveniana. Dentro de estas expectativas estaría justificado dicho relato tomado como base y completado en distintos momentos por los episodios y matices que refieren los demás. Esto puede deberse a la importante exposición que adquiere en el relato de Mateo el conocido sermón de la montaña, también llamado de las Bienaventuranzas, en que precisamente se fija la moral que es más aconsejable para la vida del hombre de acuerdo con las palabras del mismo Redentor. Esto es precisamente resaltado en los dos primeros versos, donde queda patente que Mateo orienta su obra a favorecer el cultivo de la virtud y ofrece las leyes conducentes al "bien vivir":

*Mattheus instituit virtutum tramite mores,
Et bene vivendi justo dedit ordine leges.*

Marcos será utilizado, pero menos que Mateo, y el proemio parece indicar las razones. Su evangelio es el más breve y, dentro de los sinópticos, el relato de los hechos, el más escueto, sintético o parco en detalles, lo que se confirmará más tarde con la *Vulgata* de San Jerónimo. Esta brevedad o rapidez que haría más difícil la narración poética de los hechos, se

⁵⁶ Un ejemplo de este hecho lo constituye el pasaje del geraseno endemoniado. Cf. CASTILLO BEJARANO (1998), p. 114, nota 87.

⁵⁷ Esta consideración relativa a las fuentes evangélicas está tomada de Ángel Custodio Vega en su artículo ya mencionado.

indica en el proemio al decir cómo gusta a Marcos volar cielo y tierra, o al hablar del *strictus lapsus* con el que, como el águila, va recorriendo todo, en donde el adjetivo *strictus* puede significar lo mismo "breve" que "rápido"⁵⁸:

*Marcus amat terras inter coelumque volare,
Et vehemens aquila stricto secatur lapsu.*

Lucas ofrece una obra mucha más extensa; en el proemio con *uberius* queda aludida dicha extensión; será utilizado por Juvenco, sobre todo, al describir los *proelia Christi*, posiblemente referidos al episodio de Jesús entre los doctores y a su "respuesta" a sus padres (I 278-306), que solo transmite Lucas, o en lo referente a Juan el Bautista y a su padre, Zacarías, aludido en *munia Abia*, como lee Arévalo, o *vatum munia* de otros manuscritos y ediciones⁵⁹, pues solo Lucas está detrás de los versos I 1-80:

*Lucas uberius describit praelia Christi,
Iure sacer vitulus, qui munia fatur Abia.*

Con relación al relato evangélico de Juan las palabras del proemio también son elocuentes; es, sin duda, más arduo de versificar, dada la mayor profundidad teológica y el modo más conceptista y complejo de escribir el relato. Su densidad, y en algunos pasajes su difícil comprensión, pueden estar aludidos en *mysteria*. Juan está, desde luego, presente en el poema de Juvenco y es referente único en algunos pasajes, como el de Natanael, la resurrección de Lázaro, o el discurso sobre la unidad del Padre y el Hijo (cf. II 99-126, IV 306-402, IV 637-691)

*Joannes fremit ore leo, similis rugienti,
Intonat aeternae pandens mysteria vitae.*

La disposición y contenido de estos versos orienta sobre las fuentes evangélicas de Juvenco y la actitud del mismo ante ellas. Es evidente que el evangelista más importante en la *Historia evangelica* es el nombrado el primero. No es un relato ni demasiado breve como el

⁵⁸ Así lo indica Arévalo en nota a este verso.

⁵⁹ Con Abías, o *vatum munia* está aludiendo a los pasajes que conocemos sólo gracias a su relato evangélico donde se halla la explicación relativa a la ocupación de los sacerdotes en el templo y concretamente a uno de ellos que será Zacarías, esposo de Isabel, ambos padres de Juan Bautista, precursor de Cristo.

de Marcos ni demasiado prolijo como el de Lucas; no tiene nada de extraño, a nuestro juicio, que elija a Mateo como guía de su poema si tenemos en cuenta que, en su gusto por lo clásico, Juvenco tendría en mente aquel ideal de armonía y equilibrio que siempre buscaba y seguía para su obra como referencia, modelo de sus creaciones, nos referimos al modo tan arraigado y elogiado en la perfección de una obra poética: *in medio virtus*. El relato de Mateo le resulta una buena base para en adelante añadir, con matices apropiados, detalles quizá proporcionados por el resto de los evangelistas, como descubrimos en su poema, pero, como decíamos, no es el único.

Para analizar los pasajes que toma del relato evangélico de Marcos resulta interesante destacar algunos en que se percibe con claridad esta presencia del relato de dicho evangelista. La mayor parte de los estudiosos no reparan en la influencia del relato de Marcos en el poema de Juvenco. Incluso algunos afirman con sorprendente seguridad que no está presente. Así vemos que ocurre en Olegario García de la Fuente⁶⁰ cuando dice que "ninguna materia toma de Marcos" o García Villada que lo expresa diciendo que "de San Marcos no se ha servido nunca"⁶¹ y alguna otra opinión en este sentido.

Conviene, sin embargo, matizar dichas afirmaciones con algunas precisiones, pues hay detalles en que sí observamos una clara influencia, aun siendo a veces muy nimios; el hecho de ser pocos no quiere decir que estos sean inexistentes. Juvenco ha tomado pormenores de este evangelista en algunos pasajes de su obra, entre los que se suele destacar el episodio de la tempestad calmada y el del geraseno endemoniado, por citar sólo alguno.

Lucas le aporta los datos necesarios al poeta para la composición de los capítulos iniciales de su libro primero. Este evangelista le ofrece la posibilidad de recrear los aspectos relativos a la concepción y nacimiento de Juan Bautista, la Anunciación, la visita de María a su prima Isabel, el nacimiento de Jesús, la adoración de los pastores, la circuncisión de Jesús y la presentación de Éste en el templo y datos sobre la infancia de Cristo. Esto hace que se apoye en el relato de Lucas para el inicio de este libro primero de la *Historia evangelica*, dado que el relato de la vida de Cristo en la armonía evangélica pretendía ser cronológico.

Recorre a Juan en algunas escenas que no son recogidas por los otros evangelistas. Algunos de estos episodios, por mencionar sólo algunos, son aquel en que se narra el

⁶⁰ GARCÍA DE LA FUENTE (1990).

⁶¹ GARCÍA VILLADA (1929), pp. 147-151.

encuentro de Jesús con Felipe y Natanael, los episodios de las bodas de Caná, la expulsión de los profanadores del templo, la entrevista con Nicodemo, la estancia de Jesús entre los samaritanos, la curación del hijo del funcionario real de Cafarnaúm, el discurso de Jesús sobre la unidad del Padre y el Hijo, la resurrección de Lázaro, etc⁶².

Por tanto, es seguro que Juvenco se sirve de los relatos de los cuatro evangelistas, siguiendo de cerca de Mateo, lo que deja patente el proemio primero de la obra.

Otra cuestión planteada en el acercamiento al poema juveniano es la de los textos que utilizaría Juvenco para elaborar su composición poética. El texto evangélico manejado por Juvenco debió de ser el de alguna de esas versiones cuyo conjunto constituye lo que conocemos como *Vetus Latina*⁶³; es decir, el poeta utilizaría como fuente una o varias versiones latinas de la *Biblia* anteriores a la *Vulgata* o versión jeronimiana⁶⁴.

Arévalo no deja de tratar del uso que pudo hacer Juvenco de estas versiones antiguas de la *Biblia*, en concreto del Nuevo Testamento⁶⁵. Este hecho, el que Juvenco manejara otras fuentes más antiguas, adquiere mucha importancia entre los críticos porque les permite acercarse de un modo indirecto a versiones anteriores a la de San Jerónimo.

En algunos pasajes se puede constatar cómo Juvenco ofrece lecturas o cómo presenta una visión, en parte distinta a la de la *Vulgata*, de diversas escenas evangélicas; en algunos casos nos encontramos con pasajes concretos muy elocuentes⁶⁶ que difieren de algún modo o que no figuran en la versión de San Jerónimo⁶⁷.

Pero no sólo de los Evangelios se sirvió Juvenco para elaborar su obra, sino que acudió de modo evidente a los textos clásicos latinos, que le iban a ayudar a conferir a su poema la calidad poética que el argumento requería. Así, la forma en que Juvenco quería

⁶² Tratamos los *loci* en otro lugar. Cf. el apartado IV.3.3 de nuestro estudio.

⁶³ Cf. SABATIER (1743-49).

⁶⁴ Y ello resulta evidente si tenemos en cuenta que el autor de la *Vulgata* vivió entre los años 340-350 y 420 y es él precisamente quien nos da las primeras noticias sobre la vida y obra de Juvenco.

⁶⁵ ARÉVALO (1792), p. 58. Esta cuestión la trata Arévalo en el capítulo VI de los Prolegómenos a su edición de la *Historia evangelica*. Cf. también VEGA (1945), pp. 239-242.

⁶⁶ A uno de estos pasajes le dedica el editor Faustino Arévalo todo un capítulo de sus *Prolegomena*. Nos referimos al CAPUT V (pp. 51-55).

⁶⁷ La mencionada edición de Sabatier ofrecía una ayuda inapreciable, puesto que presenta las distintas ediciones *in fronte*. Cf. ARÉVALO (1792), Proleg. Caput V, pp. 51-55. Acerca del pasaje de Mt. 21, 28 ss. cf. SABATIER. (1743-49), pp. 119-122.

ofrecer su obra poética, pedagógicamente cristiana, tenía que ser lo más agradable y atrayente posible y, por tanto, no es extraño que buscara "deleitar", es decir, *enseñar deleitando*.

Juvenco estaba educado en la tradición clásica y sus lecturas y autores eran, por tanto, los clásicos. Pero, aunque en la *Historia evangelica* encontramos elementos tomados de otros poetas más destacados de la Antigüedad como son Ovidio, Estacio, Lucano, Horacio, Catulo, etc., sin embargo, Juvenco, al intentar verter la prosa del Evangelio en los moldes tradicionales de la épica, tuvo como maestro fundamental a Virgilio, que era el modelo por excelencia dentro de este género poético.

Acude a los clásicos porque su pretensión no es sólo hacer una obra "buena", por el tema, sino por completo digna de Cristo (recordemos el último verso de su segundo proemio programático: ... *ut Christo digna loquamur*). Precisa de palabras dignas del tema y dignas del héroe de su poema, Cristo; procurará imitar a los clásicos y cuidar al máximo la forma. Asimismo esta idea la encontramos recogida en los versos del propio poeta, en el epílogo de la obra, en que deja bien claro que el ornato⁶⁸ de que hacen gala los escritos "paganos" no es impropio para temas divinos:

Versibus ut nostris divinae gloria legis

*Ornamenta libens caperet terrestria linguae*⁶⁹.

Juvenco está convencido de que se pueden combinar el argumento cristiano y la forma pagana, si se hace adecuadamente. Juvenco sabe que se inserta y quiere insertarse en una tradición literaria, de la que es usual mantener lo que ella presenta, y se sabe eslabón de una cadena que procede de Homero, como el segundo proemio indica, y que en Roma tiene como figura capital a Virgilio. Juvenco es un poeta, cuya vida y obra está amparada nada menos que por un emperador romano, Constantino, una Roma que con la *pax Christi* excede la *pax augusta*. Juvenco, como luego Prudencio, no se ve, como cristiano, enfrente del mundo clásico, sino continuador del mismo, que ahora es engrandecido por Cristo.

La *Historia evangelica* se entiende así; Juvenco no sólo pretende la armonía de los evangelios, sino armonía de lo divino –cristiano- y lo humano –romano-, de la narración evangélica y la épica. Como decía Thraede, y recoge Codoñer, nuestro poeta quiere dar tono

⁶⁸ Juvenco utiliza los recursos estilísticos de la épica como adornos de la sobriedad del texto evangélico.

⁶⁹ Cf. ARÉVALO (1792) vv. 805-806, cf. MAROLD (1886) vv. 803-804, cf. HUEMER (1968) vv. 804-805.

épico al relato evangélico y, a la vez, romanizarlo, adaptándolo a su época⁷⁰, lo que, ciertamente, consigue.

Juvenco respeta el texto evangélico y lo transforma literariamente, con la utilización del verso, con los recursos de la épica clásica, y no parece haber existido problema de incompatibilidad entre dos culturas literarias distintas. De este modo el resultado es una combinación de elementos heterogéneos que pueda dar erróneamente la impresión de descuido en la forma; lo que sucede es que no existe una interacción entre tema y forma. No se deja a la forma influir sobre el tema, ni se busca el medio adecuado para la expresión poética de éste último, precisamente porque ya lo encontramos dotado de forma: Juvenco intenta encajar una obra literaria perteneciente a una tradición dentro de los moldes formales pertenecientes a otra, sin variar sustancialmente su significación.

Se considera, en ocasiones, esta obra como ejemplo claro de intento de sustitución de la poesía pagana por la cristiana. Es la respuesta a un reto que los propios autores cristianos se planteaban sin salirse de la imitación clásica, y ello no significaba un enfrentamiento con la cultura pagana.

La lengua que utiliza es la de la épica, con pretensiones "cultas" y con los modelos en el punto de referencia, si bien se detectan rasgos que son más propios del latín tardío y cristiano.

Por la temática nueva también se presta a la utilización de términos nuevos específicos de este tipo de obras. En este sentido observamos en lo referente al léxico el uso de términos del griego, del hebreo, del latín y toda una serie de términos que nacen en esta época dadas las necesidades recientemente mencionadas. Se suele señalar la abundancia de adjetivos, términos inventados por los poetas cristianos tomados de raíces griegas, latinas y de giros propios de otras lenguas y asimilados y utilizados en el poema juvenciano.

En cuanto al lenguaje, baste recordar que presenta cuantiosos escollos; dada la diversidad de opiniones y expresiones que se han ido dando con respecto a la valoración del autor y su obra, convendría tener en cuenta toda una serie de premisas.

⁷⁰ Cf. THRAEDE (1962), p. 1022 y CODOÑER (1982), p. 542. La romanización consiste, sobre todo, en la supresión o sustitución de elementos bíblico-históricos no comprensibles para la mentalidad romana.

Partimos, para un conocimiento mayor, de las afirmaciones hechas desde los comienzos, tratando de encontrar el equilibrio existente entre los que alaban por sistema la obra juveniana en grado máximo y los que la desprecian o le niegan todo tipo de valor poético.

Ya se intuye desde el comienzo que hay que adentrarse en el estudio para realmente llegar a una visión lo más objetiva y justa posible y optar por valorar en términos más certeros lo que realmente significó Juvenco como poeta y su obra para la sociedad y más concretamente para el ámbito de la literatura, marco en el que nació, se desenvuelve y, por tanto, en el que lo encuadramos y estudiamos.

Suelen ser variadas las opiniones según el tratamiento y el enfoque desde el que cada uno parte. Este depende en gran medida -como suele suceder en casi todo- del grado de conocimiento al que se ha llegado en los distintos ámbitos de estudio y del grado de interés y profundidad aplicado al mismo.

Así pues, no suelen ser muy fiables afirmaciones excesivamente radicales con falta de fundamento o expresiones excesivamente sentenciosas que -simplemente por la brevedad- sugieren su naturaleza incompleta o al menos poco matizada, con lo cual se deduce que precisa de revisión y comprobación más detenida. No obstante, siempre hemos de partir de ellas para ir desentrañando lo que de verdad aportan y descubriendo lo que se dice por conocimiento indirecto, lo que se sigue diciendo por inercia, o, en cambio, lo que en verdad parte de un examen detenido y hondo de la cuestión de que se trate.

En fin, Juvenco se propuso desde el primer momento narrar fielmente la vida de Cristo y sus enseñanzas divinas; cantar sus virtudes, sus milagros y su predicación evangélica, sin apartarse un ápice del orden y de la verdad histórica de los Evangelios⁷¹. El ideal de Juvenco sería poder acomodar al verso las mismas palabras del Salvador. Pero la sobriedad está muy lejos de la aridez y prosaísmo. La misma brevedad con la que describe las escenas evangélicas da a su relato cierta rapidez y movimiento, que dejan gratamente impresionado al lector.

⁷¹ Cf. VEGA (1945), pp. 234-235: "Como el Evangelio, la *Historia evangelica* de Juvenco está compuesta de pequeños poemas, cada uno de los cuales posee su colorido propio y encanto singular. A Juvenco, por tanto, hay que leerlo por partes, hay que degustarle a sorbitos, como los buenos licores".

Pero esta fidelidad a la historia y a las letras evangélicas, no le impide, sin embargo, volar con toda libertad y dominio por el cielo de la poesía, sin cortar las alas de la imaginación y del sentimiento. Más que un lírico o un épico, es un narrador de historias, es un realista que busca en la naturaleza su principal fuente de inspiración y el principal adorno de su relato.

Juvenco en relación con Prudencio, aunque no posea la riqueza de colorido y viveza de expresión de Prudencio –como algunos estudiosos han comentado–, en cambio, es más limado en su estilo, más académico en su lenguaje, más armonioso en sus versos, más equilibrado en sus transiciones; pero también más humilde en su vuelo y más recatado en su inspiración.

I.2.2 A modo de revisión bibliográfica

Pretendemos ahora ofrecer una breve pero amplia visión panorámica sobre la literatura habida sobre Juvenco, haciendo un recorrido por los juicios y valoraciones de que ha sido objeto el poeta y su obra a lo largo del tiempo, tratando de ver los modos de acercamiento y los distintos intereses de los estudiosos.

Mencionamos obras que se han ocupado sencillamente de citar a nuestro poeta, aportando juicios de valor, así como otras en que Juvenco es objeto de atención prioritaria, desde la antigüedad hasta el momento, sirviéndonos del trabajo de Arévalo que, como suele ser costumbre, sigue la tradición de ofrecer toda la información de que dispone⁷².

Los juicios de la Antigüedad son abundantes y de naturaleza diversa; encontramos valoraciones⁷³ positivas y negativas. Así, además de San Jerónimo no faltan autores, como vemos, a lo largo de los siglos que mencionen, alaben o simplemente citen a Juvenco, teniéndolo en cuenta para tratar cuestiones de lo más diversas. Es digno de mención el hecho

⁷² Además de las ediciones que lógicamente se ocupan de modo central en la figura y obra juvenianas y que Arévalo conoce y utiliza para la elaboración de la suya.

⁷³ Los testimonios expresados por los distintos autores están tomados en su mayoría de la edición arevaliana de la *Historia evangelica*. Cf. ARÉVALO (1792), pp. 42-51.

de que en la antigüedad tardía se citaba a menudo a Juvenco en lugar de la *Sagrada Escritura*⁷⁴.

La obra de Juvenco fue un punto de referencia para los autores que siguieron cultivando una temática semejante e imitaron las paráfrasis de la Biblia, debido probablemente al hecho de que estuviera compuesto en verso⁷⁵. Se valoraba sobremanera el sabor profundamente acentuado de virgilianismo y clasicismo de su poema y el hecho de que quisiera vestir el Evangelio con los moldes clásicos, para hacerle entrar en las escuelas y en los círculos literarios.

Durante toda la Edad Antigua gozó de un ascendiente y popularidad sin igual sólo comparable con Prudencio y Sedulio⁷⁶. Su poema cristiano obtuvo entonces un éxito resonante y, al parecer, se leyó con bastante fruición. En él hallaban los cristianos armónicamente ensambladas las dulzuras y encantos de Virgilio con las enseñanzas divinas de Cristo. Las copias se multiplicaban, y podría afirmarse que no había familia cristiana, ni hombre de algunas letras, que no se diese a su lectura con fervor⁷⁷.

Hallamos alusión a nuestro poeta en el famoso Decreto acerca de los libros que se habían de recibir o rechazar, atribuido a los papas Dámaso, Gelasio⁷⁸ y Hormisdas⁷⁹, donde leemos:

*Item Iuvenci nihilominus laboriosum opus non spernimus, sed miramur*⁸⁰.

Isidoro recomienda encarecidamente la lectura de su obra junto a la de Sedulio y para ello pone de relieve el argumento.

Perlege facundi studiosum carmen Aviti:

Ecce Iuventus adest, Seduliusque tibi.

Fonte evangelico pocula larga ferunt.

Desine gentilibus ergo inseruisse poetis,

⁷⁴ ALBRECHT (1999), pp. 1232-1234.

⁷⁵ Véase “Les paraphrases poétiques de la Bible” de Jean-Louis Charlet, en FONTAINE (1985), p. 643: *Ils ont ainsi permis l'éclosion d'une poésie qui s'épanouira encore, un millénaire plus tard, avec Milton et Klopstock, pour ne rien dire de toute la poésie française, de Malherbe à Claudel, sans oublier Racine, Vigny et Hugo.*

⁷⁶ Cf. VEGA (1945), p. 214.

⁷⁷ *Ibid.*

⁷⁸ Cf. GELASIUS in *Decreto concilii Romani de libris canonicis, ecclesiasticis et apocryphis, sive De libris recipiendis vel non recipiendis*. Cf. ARÉVALO (1792), p. 42.

⁷⁹ Véanse estos y los otros testimonios que aducimos en ARÉVALO (1792), pp. 42-51.

⁸⁰ Cf. ARÉVALO (1792), p. 42 y HUEMER (1968), pp. VI-XXIII.

Dum bona tanta potes, quid tibi Callirroe?

Para Venancio Fortunato⁸¹ era el poema de Juvenco una obra llena de majestad, pues fue el primero de todos en cantar en verso su magnífica obra y también es alabado por la influencia que ejerció en Sedulio.

Primus enim docili distinguens ordine carmen

Maiestatis opus metri canit arte Iuencus.

Hinc quoque conspicui radiavit lingua Seduli.

En la corte de Carlomagno se leía a Juvenco juntamente con otros poetas, llevado allí quizá por el español Teodulfo. Alcuino, al parecer, era muy aficionado a esta obra, a juzgar por las muchas veces que la menciona. Alcuino trata a Juvenco de "doctissimus vir", *doctissimus hispanus escholasticus, optimi escholastici*. Alcuino imitó a Juvenco una vez alabado su verso. Adón de Vienne habla de la fama que obtuvo el presbítero hispano. Freculfo, obispo de Lisieux escribe acerca de las palabras que dijo Jerónimo de Juvenco en su obra *De Viris Illustribus*.

Álvaro de Córdoba se refiere implícitamente al contenido "filosófico" de uno⁸² de los versos juvencianos aludiendo a éste como *illud philosophicum*.

Teodulfo de Orleans le incluye entre los *piorum* junto a Sedulio, Rutilo, Paulino, Arator, Avito, Fortunato y como final en el verso se dirige a Juvenco con el pronombre de segunda persona y con una aposición llena de connotaciones épicas.

Et Fortunatus, tuque, Iuence tonans.

Luitprando alaba la obra en general al tiempo que alaba la de Orosio, y Sedulio. Honorio de Autun alude a la cita conocida de San Jerónimo únicamente al referirse a Juvenco. Entre los libros que quería Rabano Mauro que sirviesen a la formación de los clérigos nombra el poema de Juvenco. No hay que decir que en España siguió el entusiasmo por el poeta

⁸¹ Cf. ARÉVALO (1792), p. 43.

⁸² Reproducimos la nota arevaliana aludida. Indicamos en negrita los términos de alabanza de dicho autor: 30. Iuencum exprimit Alcuinus in epistola ad episcopum quemdam Transalpinum, apud Mabillon., Veter. Analect. edition. Parisiens. 1733, pag. 403: *Hoc est opus tuum in praesenti luce, hoc est merces tua in aeterna gloria. Ait enim quidam poeta de opere carminis evangelici: Hoc opus, hoc etenim forsan me subtrahit (lege subtrahet) igni—Tunc, cum flammivoma iudex descendet ab arce. Dicam et ego: Hoc opus, hoc etenim non solum subtrahit igni—Te iam, sed faciat coeli conscendere in arcem. Noster etiam S. Eulogius Cordubensis, initio Memorialis Sanctorum: Et sicut me indignum tanto opere fateor, ita quoque sui perfectione non solum erui culpae confido, verum etiam poenis abstractus, praestantiorum gratiam interventu eius apud Dominum invenire spero: ut est illud philosophicum.*

hispano. Dan de ello testimonio, entre los mozárabes, San Eulogio de Toledo y el abad cordobés, Sansón.

Del siglo X al XV continuó su aprecio en las escuelas monacales⁸³. Al parecer –así lo comenta Albrecht⁸⁴ cuando aborda la cuestión de la pervivencia de nuestro poeta- hasta el siglo IX fue autor escolar y de nuevo a partir del Renacimiento, aunque el menos rígido Sedulio era más apreciado.

Como podemos comprobar, dada la abundancia de citas que recoge Faustino Arévalo y años después Huemer en su edición, a lo largo de los siglos son muchos los autores que mencionan, alaban o simplemente citan a Juvenco, teniéndolo en cuenta para tratar cuestiones de lo más diversas. Unos lo mencionan unido a otros poetas de su tiempo. Otros alaban un verso por la composición y la corrección métrica, otros ensalzan su estilo e incluso parece que intentaron imitarle. En fin, el influjo y pervivencia de Juvenco en los primeros siglos fue innegable. Sabemos que lo hicieron Ausonio, Orencio, Paulino de Périgueux, Paulino de Pella, Claudio Mario Víctor, Enodio de Pavía, Avito de Viena, Rústico Elpidio⁸⁵. Merece igualmente la pena destacarse que gramáticos y prosodistas medievales acuden a la obra de Juvenco para ilustrar y establecer reglas prosódicas fundamentalmente. Cabe mencionar que Aldelmo y Beda van a Juvenco para resolver dificultades y establecer normas.

Después, el Humanismo supone un duro golpe para los escritores “cristianos”; en muchos casos, merecido, en otros no. Se admira lo clásico, se desprecia lo tardío-cristiano.

Así, el humanista Luis Vives afirma de todos los poetas cristianos latinos de los primeros siglos de la Iglesia, que son agua poco limpia, aunque saludable como la de algunos ríos⁸⁶.

El texto exacto al que hacemos alusión es el que sigue:

⁸³ Cf. GARCÍA VILLADA (1929), p. 148.

⁸⁴ Cf. ALBRECHT (1999).

⁸⁵ Cf. GARCÍA VILLADA (1929), pp. 147-151.

⁸⁶ Cf. VEGA (1945), p. 217. Facilita una traducción al castellano de la cita de nuestro humanista. Luis Vives, *De tradendis disciplinis, libro III*: "Juvenco, Sedulio, Próspero, Paulino, son aguas fanganosas y turbias, pero saludables, como se dice de determinados ríos". Según comenta Ángel Custodio Vega, parece estar refiriéndose a las aguas del río Duero por un adagio castellano que dice: "Agua del Duero, caldo de puchero". Esta cita está recogida en ARÉVALO (1792), p. 50.

Iuencus, Sedulius, Prosper, Paulinus, lutulentae et perturbatae sunt aquae; salubres tamen, ut de quibusdam fluminibus ferunt.

Felipe Briet⁸⁷ desapruueba el estilo de Juvenco por excesivamente humilde y sencillo. Sus palabras recogidas por Arévalo en sus prolegómenos a la edición de la *Historia evangelica* son:

Humilior est, dum Evangelii verbis nimis adhaerescit, et veritatis, quam poeseos amantior: quique nimis restringit se carmine magis pio, quam eleganti.

Alfonso García Matamoros⁸⁸ tiene a nuestro Juvenco y Prudencio por mejores versificadores que poetas. Se expresa en estos términos:

Prudentius vero, et Iuencus, siquod mihi est in hac re cum libertate iudicium, meliores versificatores, quam poetae videntur.

Dupín en su *Nova Bibliotheca* llama a Juvenco poeta de gran valor y el primero de los cristianos. Reconoce en él el aliento poético y ensalza la armonía de sus versos, aunque le acusa de no haber empleado siempre palabras poéticas y a veces ni aún siquiera latinas. Confiesa, sin embargo, que no ha podido encerrar mejor ni con más fidelidad en sus versos las sentencias y expresiones evangélicas⁸⁹.

En España Arévalo quiso, como a otros poetas cristianos, editarlo y mostrar sus aportaciones y valores.

En la edición arevaliana⁹⁰ de *Liber Evangeliorum o libri evangeliorum quattuor*⁹¹ se refleja la valoración de nuestro humanista a propósito del poeta y de su obra.

La edición, que muy probablemente ya habría finalizado cuando redactó sus prolegómenos -como suele ser lo más frecuente en este tipo de estudios- refleja a modo de introducción-conclusión, como compendio normativo y programático, su opinión, sumada a la que otros antes que él ya habían formulado y en otras ocasiones mostrando su ponderación personal, fruto de su estudio detenido⁹².

⁸⁷ Cf. PHILIPPUS BRIETIUS, *De poetis latinis*. Lib. IV. Esta cita está tomada de VEGA (1945), p. 217.

⁸⁸ Cita recogida de ARÉVALO (1792), p. 50.

⁸⁹ Cf. DUPINIUS, *Nova Bibliotheca*, vol. I. Cf. ARÉVALO (1792), p. 51.

⁹⁰ Cf. ARÉVALO (1792).

⁹¹ Este es el título que con más propiedad se le puede adjudicar a la obra, dado que en los mejores manuscritos se nos ha transmitido con este nombre. No obstante, es conocida como *Historia evangelica*.

⁹² Cf. ARÉVALO (1792), p. IV.

En este sentido y dicho expresamente por el mismo editor y comentarista de la obra, le parece que merece la pena dedicarse al estudio de la obra de este sacerdote hispano, obra que constituye el primer monumento de la poesía cristiana y considera, como él mismo expresará abiertamente muy al comienzo de la edición, que será de gran utilidad para la república cristiana. Arévalo tenía prevista la realización de esta edición desde mucho antes.

En la primera parte de la edición, antes de abordar propiamente los prolegómenos a la edición, dedica nuestro humanista⁹³ algunas páginas a ponderar y justificar el valor que tiene Juvenco, como poeta y su obra desde distintos puntos de vista.

En otro momento, con motivo de la opinión negativa de Ceillier en su obra *De scrip. eccles.* t. 4 y muy en concreto acerca del estilo humilde y sobre todo sobre incorrecciones en la métrica y latinidad: "*Iuvenco obiicit humilem stilum, neglectum ornatus poetici, peccata metri, et latinitatis*" Arévalo, -una vez recogida esta opinión acerca de nuestro poeta, y, desde luego no pareciendo estar muy de acuerdo con ella, dirá:

"Este lugar pediría -comenta Arévalo- que yo disertara acerca de la prosodia y latinidad de Juvenco. Pero de modo general en los prolegómenos a la edición de Draconcio dije no pocas cosas acerca del estilo y de la poesía de los poetas cristianos, y también demasiadas cosas quizá en los prolegómenos a la edición de Prudencio. Por este motivo en este momento muy gustosamente me abstendré de desarrollar esta discusión. Porque aquellas mismas cuestiones que han sido juzgadas como faltas de metro y de latinidad por desconocedores o, lo que es de la misma manera, por los escoliastas, son mucho más escasas en Juvenco que en Draconcio, o en Prudencio o en cualquier otro poeta cristiano⁹⁴".

Arévalo, precisamente con estas palabras y en este tono apologético, da fin a su capítulo dedicado a los *Elogia Iuveni ex veteribus scriptoribus, ac nonnullis recentibus*

⁹³Cf. ARÉVALO (1792), p. VII: Quid autem mihi **gratius**, et **optatius**, quid **iucundius** accidere potuit, quam ut **vetustissimum christianae poeseos monumentum**, a nobilissimo presbytero hispano Iuvenco, profanis perinde ac sacris litteris apprime exulto, sub ipsa initia pacis a Constantino imperatore ecclesiae redditae elaboratum, et nunc denique a me recensitum, te hortatore, te auspice, qui ea decora omnia, quibus Iuvenus maxime excelluit, in te ipso collecta refers, prodeat in lucem, **communemque reipublicae christianae utilitatem?**

⁹⁴ Postularet hic locus, ut de prosodia, et latinitate Iuveni dissererem. Sed universim de stilo, et poesi christianorum poetarum non pauca dixi in Prolegomenis ad Dracontium, nimis etiam fortasse multa in Prolegomenis ad Prudentium. Eo autem libentius in praesentia ab hac disputatione abstinebo, **quia illa ipsa, quae metri, et latinitatis peccata ab ignaris, sive, quod perinde est, a sciolis iudicantur, longe rariora sunt in Iuvenco, quam aut in Dracontio, aut in Prudentio, aut in quovis alio poeta christiano.**

*petita*⁹⁵ apostillando, a nuestro juicio, la valía del poeta y la corrección de la obra que llevó a cabo.

Estas palabras, escogidas por nuestro editor precisamente para cerrar dicho capítulo dedicado a los *elogia*, en este momento concreto -y culminando uno de los capítulos más significativos de sus prolegómenos-, resultan especialmente relevantes, dado que Juvenco no sólo es comparado con Prudencio o Draconcio, sino éste considerado en este aspecto concreto superior:

...longe rariora sunt in Iuvenco, quam aut in Dracontio, aut in Prudentio, aut in quovis alio poeta christiano.

Es un modo, como vemos, bastante convincente y firme de situar a nuestro poeta en el lugar que merece y que, sin duda, debe ocupar.

Hay que decir a favor de Juvenco que en cuanto a la corrección y calidad en la composición de sus versos no hay apenas cuestiones que plantearle, es decir, que la calidad de sus versos no puede cuestionarse, incluso es menos susceptible de correcciones que las del propio Prudencio, mejor conceptuado por la crítica actual. A este respecto, en cuanto al sentido de la métrica y de la elaboración de su composición poética, el mismo Arévalo se pronuncia a favor de Juvenco tomándolo en consideración tras haber llevado a cabo anteriormente las ediciones de Prudencio y de Draconcio.

Para Arévalo era necesario dar a conocer "adecuadamente" a Juvenco, autor que todavía hoy no es muy conocido y pensamos que ha de sacarse a la luz y al conocimiento, dado que disponemos de un material tantas veces ignorado, tan digno de ser estudiado como otros, de manera que su nombre figure en todas las literaturas y al menos se tenga una idea más certera de la obra que llevó a cabo y el eco y alcance que, dada su importancia, ha llegado a tener su obra.

Arévalo constataba la carencia de estudios españoles que se ocupen de las obras precisamente de autores hispanos. Aunque este hecho estuviera agudizado por este sentimiento que acabamos de comentar, lo cierto es que objetivamente esta apreciación de nuestro humanista es fácilmente confirmada cuando uno se dispone a conocer la bibliografía que este autor, el poeta hispano, ha suscitado. Cuál no es la sorpresa de encontrar, en efecto,

⁹⁵ Cf. ARÉVALO (1792), capítulo IV de sus prolegómenos.

gran número de estudios realizados por filólogos alemanes, ingleses, franceses, italianos, y los menos, aunque esto va cambiando, por españoles como él que, una vez reconocido el valor de lo propio, se dedican a estudiar con profundidad a este poeta, lo valioso, original, su lenguaje, la tradición seguida, los rasgos que le caracterizan e innumerables aspectos desde los que se puede abordar su obra.

Quizás no sea ya tan necesario mencionar el papel que tuvieron los humanistas en la misión de salvación, conservación y transmisión de textos; sin ellos, es posible afirmar, no existiría la Filología Clásica. Ellos, además, no sólo *ut cursores tradunt lampada*, la lámpara en este caso de los textos, sino que sacan la llama de las cenizas, la avivan y la ofrecen a los que después vienen; la avivan con el amor al mundo clásico, con su preocupación por desentrañar los secretos de los textos, por conocer hasta lo más profundo ese inmenso y valioso legado de textos hechos vida, que ellos querían hacer renacer y actualizar del modo más fiel, sea lengua, pensamiento, ciencia, o en fin, las creaciones todas de los escritores clásicos⁹⁶; en el caso de Juvenco se trataría de un poeta, no propiamente clásico, pero sí iniciador del género épico-bíblico, autor de la *Historia evangelica*, fiel seguidor del género épico virgiliano y, sin duda, pionero en la “cristianización” de la épica clásica.

Hemos expuesto el conocimiento y valoración que de Juvenco y su obra se tenía hasta Arévalo. Se podría asegurar que de un modo u otro casi todas las cuestiones que son objeto de estudio e interés habían sido abordadas y en Arévalo están ya sean en sus prolegómenos o a propósito de las notas añadidas a su texto.

Tras el trabajo arevaliano la *Historia evangelica* ha sido analizada en relación con las fuentes evangélicas, se han abordado cuestiones doctrinales que ofrece la obra juvenciana, como antecedente de la versión jeronimiana de la *Biblia*. Son cuantiosos, por tanto, los autores que al acercarse a la obra juvenciana perciben la importancia que representan, con respecto al contenido, diversos pasajes recreados por Juvenco.

A su vez ha sido objeto de la crítica textual, dado el interés por la fijación del texto. En este sentido es interesante destacar los trabajos de Huemer⁹⁷, editor de la obra, quien

⁹⁶ Cf. MOYA DEL BAÑO (2000), pp. 95-117.

⁹⁷ HUEMER, J. (1880 a).

elabora un estudio crítico de la valoración de los libros juvenianos y diez años más tarde Marold⁹⁸ que trata de cuestiones referentes a las fuentes bíblicas en la obra juveniana. En este estudio trata de establecer la correspondencia y fidelidad de Juvenco a la fuente evangélica. Hatfield⁹⁹ en 1890 analiza los rasgos más relevantes de la obra de Juvenco y sus fuentes. En 1892 Sanday¹⁰⁰ critica la edición de Huemer. Vivona¹⁰¹ se detiene a estudiar las ampliaciones de la *Historia evangelica*.

Frank¹⁰² trata sobre el manuscrito *Vossianus* y el *Reginensis*. Tiene en cuenta fundamentalmente aspectos relativos a la crítica textual. G. Mercati¹⁰³ en un artículo publicado en 1935 se ocupa de aspectos de crítica textual al estudiar el *palimpsesto bobbiese* de Juvenco. En este aspecto abunda José Jiménez Delgado¹⁰⁴ centrándose en el códice matritense 10.029 y abordando las cuestiones que le van surgiendo en el acercamiento a dicho códice. Cabría mencionar aquí algunos estudiosos que se han ocupado de los manuscritos de Juvenco en obras de mayor amplitud como Mc Kinlay, Bischoff, Scheter, Wilmart, Mostert o Korn¹⁰⁵.

También han aparecido diversos índices para el estudio de la obra. A este respecto conviene señalar las obras ofrecidas por Hansson¹⁰⁶, Esperanza Borrell¹⁰⁷ y Watch¹⁰⁸.

Asimismo también se encuentran diversas traducciones a las distintas lenguas. Tamisier¹⁰⁹ tradujo en verso a la lengua francesa la *Historia evangelica* en 1591; fue Knappitsch¹¹⁰ quien ofreció en lengua alemana la traducción de la obra juveniana en 1910-1913. Hasta nuestros días conocemos la recientemente publicada en castellano de Miguel Castillo Bejarano¹¹¹. Vio la luz en 1998. Al año siguiente, en italiano, la Dra. Emanuela

⁹⁸ MAROLD, K. (1890).

⁹⁹ HATFIELD, (1890).

¹⁰⁰ SANDAY (1892), pp. 48-50.

¹⁰¹ VIVONA (1903).

¹⁰² FRANK (1923).

¹⁰³ MERCATI (1935).

¹⁰⁴ JIMÉNEZ DELGADO (1968).

¹⁰⁵ MC KINLAY (1942), BISCHOFF (1966-1981), SCHETER (1983), WILMART (1945), MOSTERT (1989), KORN (1870).

¹⁰⁶ HANSSON (1950).

¹⁰⁷ BORRELL (1990 a).

¹⁰⁸ WATCH (1990).

¹⁰⁹ TAMISIER (1591).

¹¹⁰ KNAPPITSCH (1910-13).

¹¹¹ CASTILLO BEJARANO (1998).

Colombi¹¹² ofrece en su Tesis de Doctorado la edición, traducción y comentario del libro primero de la *Historia evangelica*.

En relación a monografías sobre la figura y obra de Juvenco encontramos el estudio de Gebser¹¹³ que se ocupa de la vida y los escritos de Juvenco. Su obra constituye un estudio monográfico sobre la vida y obra de Gayo Vetio Aquilino Juvenco. Nestler¹¹⁴ centra su investigación entorno al mesianismo del poema.

En la actualidad, como hemos visto, se insiste e interesa la vida y obra de Juvenco, así como también se realizan comentarios exegéticos de algunos de los libros que componen su obra. Son relativamente recientes los comentarios de los filólogos alemanes H.H. Kievits¹¹⁵ y J. De Wit¹¹⁶ que nos ofrecen comentarios exegéticos al libro primero y segundo respectivamente de la *Historia evangelica*. Ambos eran discípulos del profesor J. Enk, bajo cuya dirección prepararon un comentario filológico, histórico, literario y crítico al primero y al segundo libro respectivamente, de la *Historia evangelica*, presentado como Tesis Doctoral. Recordamos la reciente Tesis de la Dra. Emanuela Colombi¹¹⁷, que ofrece asimismo un comentario al libro I.

Unos años después es Hudson-Williams¹¹⁸, quien aborda una cuestión que en adelante será muy tratada entre los estudiosos de Juvenco y es un aspecto del que se ocuparán con mayor o menor éxito los diferentes autores. Se trata de la relación de Virgilio y los poetas latinos cristianos, como ya mencionamos anteriormente.

Fundamentalmente en los últimos años se incide en la investigación de cuestiones concretas antes aludidas como el aspecto relativo al estilo¹¹⁹, a la composición poética¹²⁰, al lenguaje¹²¹ y a cuestiones concretas que suelen ser la adjetivación, los usos de la aliteración, cuestiones de métrica ya antes aludidas, estudios específicos que abordan cuestiones referentes al doble proemio, algunos centrados en el que la mayor parte de los estudiosos

¹¹² COLOMBI (1999 a).

¹¹³ GEBSER (1827).

¹¹⁴ NESTLER (1910).

¹¹⁵ KIEVITS (1940).

¹¹⁶ WIT (1947).

¹¹⁷ COLOMBI (1999 a).

¹¹⁸ HUDSON-WILLIAMS (1966-67).

¹¹⁹ Cf. CASTRO JIMÉNEZ, CRISTOBAL, VICENTE y MAURO MELLE (1989).

¹²⁰ Cf. DONNINI (1972, 1973, 1974-75) Y SIMONETTI ABBOLITO (1986).

¹²¹ Cf. RODRÍGUEZ HEVIA (1980).

consideran como propiamente juveniano; nos referimos por tanto al segundo de los proemios¹²². Son muy relevantes los estudios que establecen relaciones con la literatura latina y en particular con relación a su fuente más directa en la épica latina: Virgilio. En este sentido conviene recordar los estudios y artículos que la Dra. Esperanza Borrell¹²³ publica sobre “Virgilio en Juvenco”, desde el prisma de la épica y más concretamente de su modelo literario que toma como fuente y del que bebe y se sirve en la composición de su obra. El Juvenco virgiliano es considerado en este artículo no sin señalar los modos en que Juvenco se acerca a su modelo y se indica el uso esmerado e indiscutible de su fuente. La misma autora aborda una cuestión interesante como es la originalidad¹²⁴ en el poema juveniano y en 1991¹²⁵ bajo el título “*Miracula rerum: una iunctura virgiliana en Juvenco*” desarrolla esta cuestión concreta: la relación con Virgilio. También en ese mismo año se ocupa Esperanza Borrell de otro aspecto de la obra juveniana siempre estrechamente relacionado con su fuente: “Un ejemplo de la trasposición temática virgiliana en Juvenco”.

En las décadas anteriores podemos comprobar que el estudio de Juvenco y su obra se enfoca desde un punto de vista más general y tomando en consideración la pervivencia y la labor que llevó a cabo el poeta, los ecos en épocas posteriores, etc. En este sentido comprobamos, por ejemplo cómo Amand¹²⁶ en 1924, al tratar acerca de nuestro autor del siglo IV, hace constar como tantos otros la cita de la obra de San Jerónimo. Considera asimismo a Juvenco *versificateur habile*. Es en 1926 cuando Anacleto Orejón Calvo¹²⁷ estudia diferentes cuestiones que se suelen abordar en el estudio de Juvenco y de su obra. En 1926 C. Weymann¹²⁸ estudia a Juvenco dentro de la poesía latina cristiana. Zacarías García Villada¹²⁹, en el capítulo dedicado a la actividad literaria en el periodo concreto del siglo IV, pondera la figura de nuestro poeta exponiendo una breve reseña de las cuestiones generales que suelen plantearse en los estudios juvenianos. En 1945 es Ángel Custodio Vega¹³⁰ quien estudia en su artículo la figura y obra de Juvenco. A su vez toma en consideración la valoración que ha ido suscitando a lo largo de los siglos, haciendo un recorrido por la opinión

¹²² Cf. NAT (1973), QUADLBAUER (1974), PALLA (1977), MURRU (1980), COSTANZA (1985).

¹²³ Cf. BORRELL (1983).

¹²⁴ Cf. BORRELL (1990 c).

¹²⁵ Cf. BORRELL (1991 a).

¹²⁶ AMAND (1924).

¹²⁷ OREJÓN CALVO (1926).

¹²⁸ WEYMANN (1926).

¹²⁹ GARCÍA VILLADA (1929).

¹³⁰ VEGA (1945).

que merece Juvenco y su obra en distintos autores a lo largo de las distintas épocas. Hace una exposición sobre los estudios acerca de la obra juveniana y su problemática en el momento.

Son muy relevantes, entre los recientes estudios de la obra juveniana las publicaciones elaboradas por la Dra. Emmanuella Colombi. Son notorias sus aportaciones relativas a la paráfrasis y el comentario, y las explicaciones que de ambos se derivan¹³¹, así como su estudio concreto relacionado con el uso que hace nuestro poeta de las preposiciones¹³² en la *Historia evangelica*. Es sorprendentemente clarificador su estudio¹³³ relativo a las interferencias y relaciones estrechas entre el poema juveniano y las fuentes evangélicas. Y finalmente indicaremos de esta misma autora un artículo relativo a la obra juveniana desde un punto de vista textual muy detallado y específico en “Juveniana I”¹³⁴.

Relativamente actual también es un artículo de Otero Pereira¹³⁵ acerca de la temática del amor y la amistad en el poema juveniano donde el análisis de los diversos términos aporta el *modus operandi* y la mentalidad juveniana en la recreación de su poema bajo este aspecto concreto.

También más recientemente hallamos el ingente y laborioso trabajo de la doctora McKee¹³⁶, publicado en Aberystwyth, en el año 2000. Su autora se detiene en el análisis específico sobre todo de uno de los manuscritos juvenianos de Cambridge, Codex Cantabrigiensis Ff. 4. 42. En esta misma obra la autora ofrecía asimismo un listado completo de todos los manuscritos juvenianos tomando en consideración la época, la condición de los mismos, la presencia o no de glosas, el origen y la ubicación actual así como diversas cuestiones relativas propiamente a dicho manuscrito. Muestra cuestiones concretas de las diversas glosas y un estudio comparativo muy digno de destacar. En la misma obra aporta la reproducción misma del manuscrito en cuestión (Cant. Ff. 4. 42).

El interés de la temática de Juvenco sigue suscitando trabajos, prueba de ello es, en concreto, la obra de Heinsdorff¹³⁷ en que se analiza la recreación poética juveniana de dos pasajes, el encuentro de Jesús con dos personajes singulares; el de Nicodemo y la mujer samaritana¹³⁸.

¹³¹ COLOMBI (1997 a) pp. 9-36.

¹³² COLOMBI (1997 b) pp. 9-21.

¹³³ COLOMBI (1999) pp. 151-156.

¹³⁴ COLOMBI (2000) pp. 235-269.

¹³⁵ OTERO PEREIRA (2001) pp. 335-345.

¹³⁶ MCKEE (2000).

¹³⁷ HEINSDORFF (2003).

¹³⁸ Jn. 3-4.

El interés de la obra estriba en ser el primer poema cristiano que se conoce y la primera armonía de los Evangelios, salida de un autor latino¹³⁹. Juvenco, el *Archeget* de la poesía cristiana, en palabras de Von Albrecht¹⁴⁰, ha despertado a lo largo de los siglos interés y resonancia importantes. Todo ello nos ayudará a concluir y a formar una idea lo más objetiva de lo que ha significado Juvenco en el transcurso de los siglos.

Creemos que bastan y sobran los testimonios aducidos para formar una idea más fundamentada y que más se aproxima al concepto que la tradición se formó de la obra del poeta Juvenco en el decurso de los siglos hasta nuestros días.

La obra de Juvenco modesta, y con miras más moralizadoras y prácticas que artísticas y poéticas, representa un legado que todavía está por estudiar con mayor profundidad como demuestran los trabajos consultados en la bibliografía juvenciana.

¹³⁹ Cf. ARÉVALO (1792), p. VII: ... *vetustissimum christianae poeseos monumentum*... refiriéndose al poema de Juvenco.

Cf. VEGA, A. C. (1945), p. 211: "Se había dicho que Juvenco es, en cuanto al tiempo, el primer poeta cristiano; y realmente es así, aunque modernamente haya algunos que le quieran discutir esa gloria, bien efímera por sí sola. San Jerónimo, autor serio y bien informado nos lo asegura en su carta a Magno y Venancio Fortunato nos lo confirma en el proemio de los libros de la *Vida de San Martín* en los versos que siguen:

Primus enim docili distinguens ordine carmen, /Maiestatis opus metri canit arte Juvencus./Hinc quoque conspicui radiavit lingua Sedulii etc. Suelen citar aquellos como antecesores de Juvenco a Commodiano y al autor del poema *De ave phoenice*. Mas ni éste se muestra cristiano, sino gentil, en sus sentimientos e ideología, ni aquel es un poeta en el sentido riguroso de la palabra, ya que no usa el metro latino, sino más bien prosa rimada, en la que sólo se tiene en cuenta el acento y número de sílabas en la inmensa mayoría de los casos... En realidad Juvenco puede ostentar con toda justicia y verdad el título de "primer poeta cristiano".

¹⁴⁰ ALBRECHT, (1999), p. 1234.